



CONTEMPLAR A DIOS EN LOS ÁRBOLES

FRAY JULIÁN DE COS, O.P.

Salamanca 2020

FRAY JULIÁN DE COS, O.P.

CONTEMPLAR A DIOS EN LOS ÁRBOLES

Salamanca 2020

Ésta es una edición revisada de la publicada en:

Credo, Saarbrücken 2013

28-09-2020

ISBN: 978-84-09-21993-3

Este libro ha sido editado por el propio autor y puede descargarse gratuitamente en:

<https://www.dominicos.org/estudio/recurso/contemplar-a-dios-en-los-arboles/>

En memoria de mi abuelo Antonio Pérez de Camino

CONTENIDO

INTRODUCCIÓN	9
LA CORCERA	12
LOS ÁRBOLES Y LOS BOSQUES SAGRADOS	14
LA GENEROSIDAD DE LOS ÁRBOLES	15
El roble y la encina	18
El abedul	20
El avellano	21
El fresno	21
El castaño	22
El pino	24
Los árboles frutales	24
LA ENSEÑANZA ESPIRITUAL DEL BOSQUE.....	26
EL MISTERIO QUE SE ESCONDE EN EL INTERIOR DEL BOSQUE	27
Los hayedos.....	27
LOS ÁRBOLES DE LAS CIUDADES	29
El plátano.....	29
El álamo	31
El olmo	32
LOS ÁRBOLES SINGULARES	35
LAS IMÁGENES DE DIOS EN LA BIBLIA.....	38
El cedro	38
La vid.....	39
La zarza.....	41
EL NACIMIENTO DEL SEÑOR.....	45
EL ÁRBOL DE NAVIDAD	45
El abeto.....	45
El acebo	46

LA EPIFANÍA DEL SEÑOR Y LOS «ÁRBOLES LITÚRGICOS».....	46
El olivo	48
El árbol del incienso	49
La mirra.....	50
EL DOMINGO DE RAMOS.....	51
La palmera.....	51
El olivo	52
El laurel.....	53
LA PASIÓN DEL SEÑOR	55
La pasionaria.....	55
El acebo	56
LOS ÁRBOLES DEL PARAÍSO	58
El Jardín del Edén.....	58
La palmera.....	61
El olivo	62
La vid.....	62
La higuera.....	63
El sicómoro.....	66
El manzano.....	66
El árbol de la Cruz.....	68
EL REINO DE DIOS.....	70
La mostaza.....	70
LA MUERTE, EL RENACER Y LA ETERNIDAD.....	73
EL MISTERIO DEL OTOÑO Y DE LA MUERTE	73
El castaño	74
El tejo	74
LOS CEMENTERIOS.....	76
El ciprés.....	76
El tejo	78
El sauce llorón.....	78

LA PRIMAVERA Y EL RENACER A LA VIDA.....	79
El almendro	79
El abedul	80
LA ETERNIDAD	80
El boj.....	81
La hiedra.....	81
El muérdago.....	82
El cedro	82
LOS «ÁRBOLES ERMITAÑOS»	84
El arce y el serbal.....	85
LA VIRGEN MARÍA.....	88
UN PASEO ETERNO.....	90
CONCLUSIÓN	91
BIBLIOGRAFÍA	92

INTRODUCCIÓN

Hay que reconocer que éste es un libro poco corriente. Habla de espiritualidad, pero en él abundan descripciones y datos sobre árboles. Por eso puede resultar algo chocante. Aunque la contemplación de Dios en la naturaleza es un camino espiritual muy atractivo, si acudimos a una librería religiosa católica encontraremos muy pocos libros que hablen de ello. Sin embargo, fuera del ámbito católico es más fácil acceder a textos que traten sobre el trasfondo religioso de la naturaleza, pero bajo unas espiritualidades que distan mucho de la que aparece en los Evangelios.

También es cierto que acercarse a Dios por medio de la naturaleza acarrea dos peligros importantes: la superstición y la idolatría, pues la historia nos muestra que el ser humano ha pensado a menudo que la naturaleza –o un elemento de ella– es el propio Dios o, al menos, tiene poderes sobrenaturales. Contra estos errores ha tenido que luchar la Iglesia desde su nacimiento, y quizás sea ése el motivo por el que no abundan los libros que hablen de la naturaleza como camino espiritual.

Pero, por fortuna, hay un hecho aún más importante: esta espiritualidad, a la que podemos calificar como *espiritualidad ecológica*, está muy presente en la Biblia, sobre todo en los Salmos y en los Evangelios. Y ello es así porque, bien orientada, la contemplación de la naturaleza es un magnífico medio para conocer a Dios y relacionarnos con Él. Por ello, algunos Santos Padres emplearon esta sugerente senda para hablarnos de Dios.

Los ejemplos más claros son los *Hexaemeron* de san Basilio de Cesarea (ca. 330-379) y de san Ambrosio de Milán (ca. 340-397). Se trata de dos conjuntos de homilías en los que ambos autores nos hablan de Dios comentando el capítulo primero del Génesis, es decir, la creación en seis días. Otra maravillosa obra sobre la contemplación de Dios en la naturaleza es la primera parte de la *Introducción del símbolo de la fe*, de fray Luis de Granada (1504-1588), en la que este autor, con mucha meticulosidad y belleza, nos conduce al conocimiento y al amor a Dios por medio de los seres por Él creados. Dentro de la espiritualidad ecológica en general, estas tres obras las

podríamos encuadrar dentro de la *vía naturalista* que busca *contemplar a Dios por medio del conocimiento de la amada naturaleza*. Debemos incluir en esta espiritualidad al paleontólogo y teólogo Pierre Teilhard de Chardin (1881-1955), que nos habla de la evolución dinámica del cosmos –movido por el Espíritu Santo– hacia su plenitud en el «Cristo total»: la «Cristogénesis». Desgraciadamente, la vía naturalista a penas se utiliza actualmente, a pesar de los muchos conocimientos que ahora tenemos de la naturaleza y de lo asequibles que éstos son gracias a los magníficos reportajes que nos ofrecen los medios de comunicación.

Pero la espiritualidad ecológica más conocida es la *vía franciscana* que busca *contemplar a Dios por medio de la confraternización con la amada naturaleza*. Aquí se encuadra el texto que, por antonomasia, nos anima a relacionarnos con Dios por medio de la creación: el *Canto de las criaturas*, de san Francisco de Asís (1282-1326). En él, el fundador de la Familia Franciscana nos alienta a amar a Dios por medio de nuestro amor fraterno al hermano sol, la hermana luna y demás seres de la naturaleza.

En los últimos decenios ha surgido con gran fuerza un tercer camino ecológico: la *vía ecologista*, que busca *contemplar a Dios por medio de la defensa de la amada naturaleza*. Aquí también los franciscanos están muy presentes, de tal forma que el 29 de noviembre de 1979 el Papa san Juan Pablo II nombró patrono de los ecologistas a san Francisco de Asís. En este contexto espiritual es más fácil encontrar textos actuales o a personas que, dentro de la Iglesia, nos ayudan a caminar hacia Dios por medio de la contemplación de sus criaturas. Aunque tampoco hay mucho.

Pues bien, este pequeño libro, como su propio título indica, intenta animarnos a buscar a Dios por medio de un grupo concreto de seres naturales: los árboles. Y lo hace siguiendo fundamentalmente la vía naturalista, es decir, por medio de su *conocimiento*. El mismo san Pablo afirma categóricamente que por medio de la naturaleza Dios se hace, en cierto modo, visible:

«Lo invisible de Dios, su eterno poder y su divinidad, se ha hecho visible desde la creación del mundo, a través de las cosas creadas» (Rm 1,20).

Siglos más tarde, santo Tomás de Aquino (ca. 1224-1274) se apoyó en este texto paulino para afirmar que es posible captar la existencia de Dios por medio de sus efectos en la creación (cf. STh I, q. 2).

Así pues, siguiendo a san Pablo y a santo Tomás, en este libro trataremos de mostrar que, contemplando físicamente a los árboles, podemos contemplar espiritualmente a su Creador. Pero sobre todo seguimos a Jesucristo, el cual, como veremos más adelante, acostumbraba a predicar el Evangelio ayudándose de lo que se nos presenta físicamente en la naturaleza.

En este libro no pretendemos enseñar una metodología concreta para contemplar a Dios en los árboles, sino simplemente ofrecer varias facetas de este ejercicio espiritual, para que después el lector, si se siente llamado a ello, siga libremente lo que le inspire el Espíritu Santo.

Con el fin de que el texto sea divulgativo y comprensible para todos los públicos, hemos preferido emplear lo mínimo posible los nombres científicos de los árboles, refiriéndonos a ellos por sus nombres comunes. Tampoco citamos a pie de página nuestras fuentes, sino que nos limitamos a exponerlas todas juntas en la Bibliografía.

Los árboles y plantas que aparecen en este libro son bastante conocidos. Por ello, y para aligerar el contenido no teológico, hemos preferido no incluir sus descripciones morfológicas. Pero si el lector no conoce alguno de ellos, le invitamos encarecidamente a que lo busque en alguna guía botánica o en Internet y que lo estudie, para que, así, cuando pasee por la naturaleza, pueda identificarlo y contemplarlo con un «campo de visión» más amplio y profundo.

El conocimiento de los árboles nos mueve a amarlos y, sobre todo, a conocer y amar a su Creador.

Sin embargo, sí hemos creído oportuno no dar por sabidos los pasajes más importantes de la Biblia ni los elementos clave del Evangelio a los que hacemos alusión a lo largo del libro, pues – desgraciadamente– cada vez son más las personas que desconocen todo lo relacionado con el cristianismo. A ellas también les animamos –y mucho– a que se adentren en el conocimiento y la experiencia de la Buena Noticia.

A nivel de Historia de la Religiones no seremos muy exhaustivos. Este libro no pretende mostrar el trasfondo religioso de los árboles en todas las épocas y culturas. No vamos a hablar, por ejemplo, de los árboles totémicos de los pueblos indígenas norteamericanos, del *Ficus religiosa* bajo el que Buda alcanzó la iluminación, de los árboles *Kami* de la religión sintoísta –de Japón–, ni de cómo los antiguos chamanes australianos empleaban los supuestos poderes mágicos de algunos árboles para sanar a las personas. Fundamentalmente nos vamos a emplazar en nuestro entorno cultural y religioso: Europa Occidental y las Sagradas Escrituras.

Dado que este pequeño libro no busca ser una mera recopilación de datos botánicos y teológicos, sino una invitación a dirigirse a Dios por medio de ellos, junto a la información, hemos insertado una pequeña historia ficticia –pero que bien podría haber pasado– sobre un anciano cura de pueblo que vive en algún lugar del norte de España. Se trata de don David. Y aquí comienza su historia:

LA CORCERA

Nuestra vida está marcada por determinadas circunstancias que nos han dejado una profunda huella.

Don David vive en una pequeña casa parroquial. Aunque ya está jubilado, ayuda al párroco de la comarca en las Misas de los domingos y días festivos. En varias ocasiones, el obispo, don Antonio, le ha ofrecido otras casas parroquiales mucho más amplias y mejor comunicadas, pero a don David le gusta esa por las vistas a la montaña, porque tiene un bonito y resguardado jardín y, sobre todo,

porque está al lado de La Corcera, un gran bosque comunal de hayas y robles que asciende por el valle hasta que se convierte en pinar, cerca del puerto. Ahí ha vivido la mitad de su vida y ahí querría morir.

Cuando no tiene ningún compromiso y el tiempo lo permite, don David mete en su mochila un paraguas, un bocadillo y una botella de agua, y sale muy temprano a caminar por La Corcera, buscando el susurro de la brisa, el frescor de los torrentes, el zumbido de las abejas, el sabor de las moras y la tenue luz que se filtra en el fondo del valle, en lo más profundo del bosque. Y, lleno de vida, regresa por la tarde.

Cuántas homilías habrá preparado paseando por ese bosque..., cuántos disgustos habrá templado..., cuánto habrá orado caminando entre los robles y las hayas...

La Corcera es el gran regalo que Dios le hizo a don David tras morir su madre, con la que vivió hasta poco antes de su fallecimiento. En aquel momento lo pasó muy mal y el obispo de por entonces, don Marcelo, le animó a cambiar de aires, le dio otra parroquia y don David pasó a vivir a la casa junto a La Corcera. Y con el tiempo se enamoró de ese bosque.

LOS ÁRBOLES Y LOS BOSQUES SAGRADOS

Los primeros capítulos del libro del Génesis nos muestran que Dios se ha comunicado con el ser humano desde los orígenes, a pesar de que por entonces no había profetas, ni mucho menos aún había enviado Él a su Hijo, la Palabra hecha carne (cf. Jn 1,14).

En efecto, antes de que Dios hablase por medio de los profetas y los demás textos revelados del Antiguo Testamento, y de que el Evangelio llegase al mundo de la mano de Jesús, Él ya se comunicaba con las personas por medio de la naturaleza de un modo asombroso, aunque también, digamos, bastante rudimentario. Y es así porque por medio de la creación el ser humano sólo puede conocer que existe un Ser Supremo, que es creador y providente. En efecto, la naturaleza nos habla de un modo imperfecto –aunque maravilloso– del misterio de la Creación, pero no comunica el misterio de la Redención. Ya podemos estar años y años contemplando atentamente la naturaleza, que jamás está nos *anunciará* la Buena Noticia. Aunque, si ya la conocemos, descubriremos que la naturaleza la *confirma* simbólicamente, como veremos a lo largo de este libro.

Si bien el Pueblo de Israel ya tenía noticia revelada de Dios: el Antiguo Testamento, la humanidad entera tuvo que esperar a la llegada del Hijo de Dios para conocer verdaderamente quién es Dios y en qué consiste el misterio de nuestra Redención, por el cual el pecado y la muerte han sido vencidos –aunque aún se hagan sentir en el mundo– y gracias al cual se nos ha abierto el sendero de la resurrección, que conduce a una vida en plenitud.

Dios es el creador de todo y a todo da continuamente su existencia, por ello se muestra siempre a través de todo. Pero, ciertamente, hay algunos elementos de la naturaleza por medio de los cuales al ser humano le resulta más fácil conocer a su Creador. Efectivamente, el firmamento, los montes, las fuentes de agua, los ríos, los animales y los árboles, por algún motivo misterioso, nos hablan mejor de su Creador, por ello antiguamente el ser humano a menudo pensó que eran sagrados.

Pocas culturas antiguas habrá, quizás sólo los esquimales, que no hayan contado con ningún árbol o bosque sagrado. Éstos estaban protegidos por los pueblos que los adoraban para que no cayesen en manos de desalmados. Generalmente se trataba de árboles o bosques paradisiacos ante los que las personas se sentían en presencia de la divinidad.

En sus *Cartas Morales a Lucilio*, el escritor pagano Séneca (4 a.C.-65) nos relata cómo los bosques nos hablan de Dios:

«Si atravesas un bosque poblado de viejos árboles de una altura extraordinaria, cuyas ramas, entrelazadas las unas entre las otras, ocultan la vista del cielo: la extrema grandeza de este bosque, el silencio del lugar y esa sombra tan densa y espesa en medio del campo, te muestran que hay una Divinidad» (libro IV, carta XLI).

Gracias a las Sagradas Escrituras sabemos que estos árboles no son, propiamente, «sagrados», pues sólo existe un Dios, pero ello no quita que tengan el valor sagrado de hablarnos de su Creador. No son Dios, pero nos hablan muy bien de Él y, así, nos ayudan a orar.

En ocasiones, Dios se muestra claramente por medio de ciertos árboles singulares que han sido considerados sagrados por el ser humano. Debajo de estos árboles, muy antiguamente, se han declarado guerras, se ha hecho justicia y celebrado bodas.

Pero otras veces no se trata de árboles singulares, sino de especies de árboles. Generalmente son especies muy beneficiosas para el ser humano o que están muy presentes en la vida de los pueblos, aunque hay otros muchos motivos para considerar sagrada a toda una especie de árboles.

LA GENEROSIDAD DE LOS ÁRBOLES

Sabemos que Dios hizo la creación para provecho del ser humano, con el fin de que éste haga uso de ella con responsabilidad. Así lo cuenta el Génesis:

«Y Dios creó al ser humano a su imagen; a imagen de Dios lo creó, varón y mujer los creó.
Y los bendijo, diciéndoles: “Sed fecundos, multiplicaos, llenad la tierra y sometedla; dominad a los peces del mar, a las aves del cielo y a todos los vivientes que se mueven sobre la tierra”.
Y continuó diciendo: “Yo os doy todas las plantas que producen semilla sobre la tierra, y todos los árboles que dan frutos con semilla: ellos os servirán de alimento. Y a todas las fieras de la tierra, a todos los pájaros del cielo y a todos los vivientes que se arrastran por el suelo les doy como alimento el pasto verde”. Y así sucedió.
Dios miró todo lo que había hecho, y vio que era muy bueno. Así hubo una tarde y una mañana: éste fue el sexto día» (Gn 1,27-31).

Don David conoce bien a los ganaderos, motoserristas y agentes forestales que trabajan en La Corcera. Algunos de ellos son hijos o nietos de los pastores, leñadores y guardas que le enseñaron, varias decenas de años atrás, los secretos de este productivo y misterioso bosque. Gracias a ellos sabe mucho de sus plantas y animales. Le gusta conocer cómo se llaman las especies que habitan La Corcera, y cuando no conoce el nombre de alguna, él mismo se lo pone, como hacía Adán en el Paraíso (cf. Gn 2,19).

Desde tiempos prehistóricos La Corcera ha abastecido de todo lo necesario para vivir a los habitantes de sus alrededores. Sus árboles les daban leña, madera y frutos en abundancia. En él ha habido siempre mucha caza, sobre todo corzos, de ahí su nombre: La Corcera. También proporcionaba setas y multitud de hierbas medicinales. Cuando se acercaban pueblos enemigos, todos se refugiaban en lo más profundo del bosque hasta que pasaba el peligro.

En otoño, contemplando al ganado comer bellotas y castañas, don David medita sobre la generosidad de aquel bosque y le viene a la cabeza la parábola del hijo pródigo (cf. Lc 15,12-32). Ésta cuenta la historia de un joven egoísta y caprichoso que decide pedir la herencia a su padre por anticipado para gastársela en juergas y buena vida. Pero se queda pronto sin dinero y acaba trabajando de pastor de cerdos en un bosque de algarrobos.

Es curioso, porque Jesús nos dice en la parábola que fue entonces, en medio del bosque, sintiendo el hambre en su estómago y contemplando a los cerdos disfrutar de la generosidad de aquellos algarrobos, cuando aquel joven se acordó de la generosidad de su padre, y aquello le hizo recapacitar y tomar una firme decisión:

«¡Cuántos jornaleros de mi padre tienen pan en abundancia, mientras que yo aquí me muero de hambre! Me levantaré, iré a mi padre y le diré: “Padre, pequé contra el cielo y ante ti. Ya no merezco ser llamado hijo tuyo, trátame como a uno de tus jornaleros”» (Lc 15,17-19).

En aquel bosque de algarrobos el joven de la parábola se convirtió en una nueva persona, maduró.

Dada la inmensa generosidad con que La Corcera abastecía a la gente y a los animales de lo necesario para su subsistencia, aquél fue para ellos un bosque sagrado hasta la llegada de los primeros monjes que evangelizaron la comarca. Los monjes, sabiendo lo querido que era aquel bosque, decidieron construir una capilla dedicada a la Virgen María, Reina de la Creación, en la campa donde los lugareños hacían ofrendas a las divinidades de La Corcera, en ella pintaron una rudimentaria imagen de la Virgen con su Hijo e instauraron la romería que actualmente se celebra en aquel lugar el primer domingo de mayo. Y así, poco a poco, sin forzar las cosas, el Evangelio fue reemplazando a las creencias paganas de aquella región.

Llegados los tiempos de la ocupación musulmana (siglos VIII-X), la imagen de la Virgen fue tapada con pintura blanca para evitar represalias de las autoridades musulmanas, pero no se interrumpió nunca la romería gracias a que varias familias de la comarca continuaron clandestinamente esta tradición. Tras la reconquista de aquella región, un obispo decidió tirar aquella vieja capilla que estaba en muy mal estado, mandó construir una iglesia románica -que aún se conserva- y él mismo instaló encima del altar, en el ábside, una bella imagen de la Virgen sentada con su Hijo en sus rodillas, presidiendo desde lo alto la capilla. Muchos años más tarde, ya en el siglo XIX, un obispo franciscano colocó al lado de la puerta una

imagen de san Francisco que parece como si orase a la Virgen. Es una escultura que despierta mucha devoción entre el pueblo.

A don David le gusta ir a celebrar Misa a aquella iglesia que ahora se llama Ermita de la Virgen de La Corcera. Es pequeña, recogida y muy bella. Se halla en un paraje sobrecogedor: rodeada de montañas y emplazada en medio de una gran campa que se llena de flores cada primavera. Justo al lado de la ermita hay un grupo de grandes piedras que los expertos consideran que formaban parte de un antiguo monumento religioso pagano.

Ciertamente, cada pueblo antiguo se apoyó para subsistir en los árboles más útiles de su entorno. Por medio de ellos Dios mostró su generosidad y providencia. Y aquellas gentes, todavía no evangelizadas, le correspondieron como buenamente pudieron: adorando aquellos árboles.

Si nosotros contemplamos estos árboles tan beneficiosos desde la fe en el Evangelio, podemos ver en ellos un valor muy importante: trabajar por el bien de los demás, o como diría san Ignacio de Loyola (1491-1556): «en todo amar y servir a Dios nuestro Señor» (*Ejercicios Espirituales*, 363).

El roble y la encina

La gran capacidad que tienen los robles y las encinas para descubrirnos a su Creador se debe en gran medida a que sus bosques son muy beneficiosos para el ser humano. Gracias a que éstos no son excesivamente sombríos, permiten que coexistan con ellos otras numerosas especies de árboles y plantas, y dan cobijo a muchos animales. En un robledal o encinar hay abundancia de bienes: madera, frutos, caza, ganado, etc. Además, con las bellotas se hacía un pan muy energético. Ciertamente, un pueblo asentado al lado de un bosque de este tipo tenía la vida asegurada. Por ello el roble y la encina han sido un elemento muy importante de la civilización occidental.

En Europa el roble ha estado consagrado a las más importantes divinidades. Así, por ejemplo, los escandinavos lo asociaron a Thor, los griegos a Zeus y los romanos a Júpiter. Los antiguos germanos

adoraban el *roble de Ramowe*. Asimismo, formaba parte de los árboles sagrados celtas, de tal forma que en uno de sus calendarios más importantes, el mes del roble abarcaba del 17 de abril al 15 de mayo, ocupando la cúspide o el centro del tiempo.

Pero también hay que resaltar la sombra de estos árboles en verano, que es fresca y agradable. Podemos acordarnos del pasaje de la encina del bosque de Mambré (cf. Gn 18,1-15), bajo la que Abraham acoge a tres huéspedes, los cuales, en agradecimiento, le prometen que su anciana mujer, Sara, tendrá un hijo: Isaac. Los Santos Padres han visto en estos tres huéspedes que comen bajo la encina de Mambré, la imagen de la Trinidad.

El bosque de Mambré es uno de los encinares que crecían en las colinas de Judea y Galilea. Pero no es ahí, sino en el país de Basán, al este de Galilea –al otro lado del Jordán–, donde antiguamente crecían los encinares más extensos de Palestina y su contorno. Zacarías denomina a los bosques de Basán «selva impenetrable» (Zac 11,2). Las encinas que predominan en esta zona –los *Quercus aegilops*– son diferentes a las que encontramos en el sur de Europa –los *Quercus ilex*–, siendo sus bellotas más grandes y sus hojas más resistentes. También destacan por su majestuoso porte (cf. Is 2,12) y por su excelente madera –dura y resistente–, con la que se construían barcos y remos en el cercano puerto de Tiro.

Por otra parte, se sabe que muy antiguamente, en Palestina, los nómadas enterraban a los personajes importantes y a las personas queridas debajo de encinas. Así lo narra el libro del Génesis:

«Por entonces murió Débora, la nodriza de Rebeca, y la enterraron más abajo de Betel, al pie de una encina que llamaron “Encina del llanto”» (Gn 35,8).

En tiempos de los Jueces (siglo XII a.C.) los señores de Siquem proclamaron rey a Abimelec debajo de una encina (cf. Jue 9,6). Y, siglos más tarde, los profetas denunciaron que había hebreos que celebraban falsos ritos religiosos a la sombra de las encinas y de otros árboles (cf. Os 4,13). Por ello el pueblo de Israel fue castigado por Dios, pero Isaías nos dice simbólicamente que, tras el castigo, brotará un retoño:

«Porque el Señor alejará a las personas y será inmensa la desolación del país. Y si aún queda una décima parte, será también exterminada; como una encina o un roble, que al talarlos sólo queda el tronco. Pero este tronco será semilla santa» (Is 6,12-13).

Y, más adelante, dice Isaías acerca de Jesé, el padre de David:

«Saldrá un renuevo del tronco de Jesé, un vástago brotará de sus raíces. Sobre él reposará el espíritu del Señor: espíritu de inteligencia y sabiduría, espíritu de consejo y valor, espíritu de conocimiento y temor del Señor» (Is 11,1-2).

Siglos más tarde, la Iglesia vio en Jesús el cumplimiento de estas palabras. Así, finalizando el libro del Apocalipsis, podemos leer lo siguiente:

«Yo, Jesús, he enviado a mi ángel para daros testimonio de lo referente a las Iglesias. Yo soy el retoño y el descendiente de David, el Lucero radiante del alba» (Ap 22,16).

El abedul

Hay otros árboles muy beneficiosos que también pasaron a ser antiguamente árboles sagrados. Uno de ellos es el abedul, pues era de mucha ayuda para los pueblos del Norte. Con su dura y ligera corteza se hacían unas protecciones para las piernas más duraderas que las de cuero. También era muy buena su corteza para hacer tejados y canoas. Asimismo, con su madera se podían confeccionar útiles objetos como, por ejemplo, cuencos y barriles.

Si en marzo se hace una hendidura en el tronco de un abedul se obtiene abundante sabia, pudiendo recoger de 4 a 10 kilogramos al día. En el norte de Europa con ella se hacen un balsámico jugo y un licor de sabor delicioso. Ambas bebidas tienen, además, propiedades curativas, sobre todo para sanar el riñón. Por eso al abedul se le llama en farmacopea el «árbol nefrítico».

También el abedul es un hermosísimo árbol de jardinería, gracias a su tronco blanco y a sus finas y colgantes ramas, de las que

penden unas pequeñas hojas que se mueven fácilmente con el viento, formando, en su conjunto, una ligera y grácil figura.

Todas estas cualidades hicieron del abedul un importante árbol sagrado en las antiguas culturas norteanas.

El avellano

Dado que pertenecen a la familia de los abedules, no es de extrañar que los avellanos también destaquen por sus muchos beneficios, por necesitar condiciones ambientales parecidas para vivir y por ser considerados sagrados. Sin embargo tienen una gran diferencia: sus frutos. Mientras que los del abedul son diminutos, las avellanas son comestibles, nutritivas y sabrosas.

Con éste valioso árbol se pueden hacer buenos setos para marcar linderos, su corteza es excelente para tejer cestos y otros utensilios, y de su madera se pueden obtener útiles tiras. Además, sus varas las usaban los zahoríes para encontrar acuíferos subterráneos y los peregrinos las emplean como bastón, dada su rectitud y ligereza.

El fresno

En la mitología germánica y escandinava, el fresno *Yggdrasil* era el árbol cósmico que contenía todas las energías del universo. Asimismo, el fresno era sagrado para griegos, romanos y otros muchos pueblos.

Este árbol es muy apreciado en la vida de campo pues sus hojas sirven de alimento al ganado en verano –cuando los pastos meridionales se agostan–, su madera es dura y flexible, y con sus ramas se pueden hacer cestas, pértigas o lanzas. Su nombre deriva del griego *phraxo*, que significa «cercado», pues con hileras de fresnos se delimitan muy bien los caminos o se separan unos terrenos de otros.

Árboles tan útiles como éstos son un claro ejemplo de aquello que decía san Pablo a los cristianos de Roma:

«...en todas las cosas interviene Dios para bien de los que le aman» (Rm 8,28).

El castaño

Aunque en Europa es muy conocido, el castaño procede de Asia, concretamente de la antigua Persia, desde donde los griegos y después los romanos lo extendieron por sus territorios. Los griegos le llamaban *kastanon* que deriva de Kastana, ciudad situada en el Ponto, al sur del mar Negro, donde se cultivan estos árboles desde muy antiguo.

Siendo un árbol bellísimo, no se emplea mucho en jardinería, quizás porque las castañas tienen unas envueltas pinchudas, llamadas «erizos», que resultan incómodas cuando el árbol las tira al suelo, en otoño. Otro motivo para excluirlo de los jardines son los tóxicos taninos que almacena en la madera, las hojas y la cáscara de los frutos. Estos taninos van a parar al suelo impidiendo que otras plantas crezcan debajo de estos árboles. Por ello no se mezclan fácilmente con otras especies y tienen tendencia a formar bosques puros de castaños.

Generalmente, al cabo de un siglo sus troncos se quedan huecos, lo cual les da elasticidad para soportar mejor los embates de las tempestades. Una vez cortados, tienen una gran tendencia a echar renuevos con los que se crean matas muy ramificadas con grandes y espesas copas.

Dada su longevidad, aun se pueden contemplar castaños milenarios que fueron plantados en tiempos del Imperio Romano. Hubo una mata de castaño milenaria muy famosa, aunque ya murió, situada en las faldas del volcán Etna –en la costa este de Sicilia–. Por su inmenso tamaño se le llamaba «Castaño de los cien caballos», que son los que, al parecer, cabían debajo de su copa.

Hay varios motivos por los que el castaño fue un árbol muy importante en la Antigüedad:

- Su madera es muy apreciada. Se parece mucho a la del roble, aunque no es tan dura y pesada. Dado que es bella, duradera y fácil de trabajar, con ella se hacen chapas de revestimiento, muebles, toneles de vino y otros objetos.

- Además, los taninos del castaño son muy útiles para curtir las pieles y para elaborar medicinas con las que tratar la diarrea, detener los flujos y sanar otras enfermedades.
- Pero lo más valioso de este árbol son sus frutos, pues produce muchos y son muy nutritivos. Cuando no se conocían las patatas –procedentes de América–, con las castañas se hacía un pan con el que se alimentaba mucha gente. De hecho, se le llamaba «el pan de los pobres», que reemplazó en ciertas zonas al pan de bellota, pues éste era más escaso.

En efecto, esta última cualidad la comparte el castaño con otros árboles que forman su familia botánica: las fagáceas. A ella pertenecen las hayas, los robles y las encinas, con cuyos frutos, como acabamos de ver, se hacía pan y se alimentaba al ganado. Así es, el término «fagácea» proviene de *fagus* que es como llamaban los romanos al haya, y que a su vez deriva del griego *fagomai*, que significa «comer», por lo que podría decirse que las fagáceas son los «árboles que dan de comer». Y la historia nos muestra que, en efecto, así ha sido.

Por ello es lógico que las personas hayan visto en los árboles que forman parte de la familia de las fagáceas, cómo Dios se preocupa misteriosamente de alimentar a todos los seres por Él creados. Así lo dice el salmista:

«Todos ellos aguardan
a que les echas comida a su tiempo:
se la echas, y la atrapan;
abres tu mano y se sacian de bienes» (Sal 103, 27-28).

El mismo Jesús así nos lo dice a sus discípulos:

«Vosotros no andéis buscando qué comer ni qué beber, y no estéis inquietos. Que por todas esas cosas se afanan las gentes del mundo; y ya sabe vuestro Padre que tenéis de ellas necesidad» (Lc 12,29-30).

El pino

Si los castaños destacan por ser capaces de dar mucha comida, los pinos lo hacen por aportar una madera que tiene multitud de usos, pues se ha empleado para construir casas y barcos, para hacer muebles, embalajes, traviesas de las vías de tren, postes para el tendido eléctrico o de teléfono, apeas de mina, se utiliza para fabricar papel, aglomerado y contrachapado, y se la usa como combustible.

Dentro de las distintas especies de pinos hay dos que aportan otros productos importantes. Se trata del pino resinero -o pino marítimo-, del que se extrae su resina para procesarla y obtener con ella aguarrás y otros muchos productos industriales, y el pino piñonero -o pino real-, cuyos ricos y alimenticios piñones son muy conocidos. Los pinos piñoneros, además, han sido plantados desde tiempos de los romanos en jardinería, por su elegante y bella forma aparasolada.

Los pinos destacan por su rusticidad y dureza. Son capaces de soportar suelos pobres y climas muy duros. El pino silvestre -o pino albar- del que se obtiene la mejor madera -la «madera de Valsain»-, se extiende de forma natural desde la península ibérica, donde ha de soportar tórridos veranos, hasta Siberia, con sus gélidos inviernos. Gracias a su fortaleza, su madera y su crecimiento medianamente rápido, los pinos son muy empleados por el ser humano para repoblar terrenos desarbolados. Por eso abundan tanto.

Los aromáticos efluvios -ricos en alcoholes esenciales- que emite la resina de estos árboles, hace que sea muy agradable y sano pasear por un pinar. Pero también su resina les hace especialmente inflamables y susceptibles de propagar grandes incendios forestales. Cuando, muy antiguamente, éstos eran producidos esporádicamente por los rayos, el fuego era un medio natural para regenerar el bosque. Pero ahora, que son profusamente provocados por los pirómanos, éstos han pasado a ser los grandes enemigos de los bosques.

Los árboles frutales

Son muchos los árboles que tienen frutos comestibles, y por medio de ellos Dios nos muestra maravillosamente su providente

generosidad. Por eso no es de extrañar que cuando el libro del Génesis nos habla de la creación de los árboles, sólo mencione los frutales:

«Y dijo Dios: “Produzca la tierra vegetación: plantas con semillas y árboles frutales que den en la tierra frutos con semillas de su especie”.

Y así fue. Brotó de la tierra vegetación: plantas con semilla de su especie y árboles frutales que dan frutos con semillas de su especie. Y vio Dios que era bueno.

Pasó una tarde, pasó una mañana: el día tercero» (Gn 1,11-13).

Pero también los frutales nos hablan de nosotros mismos, de nuestra propia bondad y generosidad. Así dice Jesús:

«Cada árbol se conoce por su fruto. No se recogen higos de los espinos, ni de la zarza se vendimian uvas. El hombre bueno, del buen tesoro de bondad que hay en su corazón saca el bien, y el malo, de su maldad saca el mal. Porque de lo que rebosa el corazón habla su boca» (Lc 6,44-45).

Como vemos, Jesús nos dice que las buenas personas son como los árboles frutales: dan buen fruto. Y lo dan «naturalmente». Así como no hay que forzar a una parra para que dé uvas, no hace falta forzar a una buena persona para que haga el bien, le sale espontáneamente. Y el que tiene un corazón egoísta, quizás nos engañe alguna vez con sus apariencias, pero con el tiempo le delatan los malos frutos que le son propios.

Afortunadamente, con las malas personas no ocurre como con los árboles. Éstas sí pueden cambiar, pueden convertirse, pueden pasar a ser buenas personas. No tenemos más que arrepentirnos, pedir perdón a Dios y proponernos cambiar. Dios siempre nos abre la puerta de la conversión. Es más:

«Habrá más alegría en el Cielo por un solo pecador que se convierta que por noventa y nueve justos que no tengan necesidad de conversión» (Lc 15,7).

Dios nos invita a ser como los árboles frutales, es decir, a hacer el bien con los buenos frutos de nuestro corazón. Como dice el salmo:

«Dichoso el hombre
que no sigue el consejo de los impíos,
ni entra por la senda de los pecadores,
ni se sienta en la reunión de los cínicos;
sino que su gozo es la ley del Señor,
y medita su ley día y noche.
Será como un árbol
plantado al borde de la acequia:
da fruto en su sazón
y no se marchitan sus hojas;
y cuanto emprende tiene buen fin» (Sal 1,1-3).

LA ENSEÑANZA ESPIRITUAL DEL BOSQUE

En un bosque se pueden escuchar muchos sonidos, como el roce del viento cuando pasa entre las hojas y las ramas de los árboles, el murmullo del río que discurre por el fondo del valle o de algún riachuelo que baja por la ladera de una montaña, los variados cantos de las aves o el zumbido de los insectos voladores. Pero, desgraciadamente, muchos de estos sonidos pasan desapercibidos para la mayoría de las personas, porque están envueltas en sus propios «ruidos».

Desde que se instaló en la casa de La Corcera, don David aprendió poco a poco, y con un cierto esfuerzo, a no hacer ruido al pasear por el bosque. Comprendió que era necesario hacer el menor ruido «exterior», lo que le obligó a tomar la costumbre de caminar con cuidado y sosiego, y el menor ruido «interior», por lo que tuvo que ejercitarse en tener la mente siempre atenta y sin distracciones. De nada nos sirve tener el mejor oído del mundo si caminamos alborotadamente o nuestra mente está distraída imaginando algo.

Don David también aprendió a tener paciencia, porque nunca se sabe cuándo la naturaleza nos va a sorprender. Es necesario caminar por ella sin buscar nada concreto, sino simplemente a la

espera de lo inesperado. Cuando se intenta con demasiado ímpetu ver un animal, entonces difícilmente se le verá, porque el animal se espantará. Hay que esperar con paciencia a que él aparezca.

Y es imprescindible hacerlo por amor a la naturaleza y a su Creador. En efecto, sólo por amor don David es capaz de caminar a una pradera perdida en medio del bosque para contemplar a una cierva amamantar a su cervatillo o bajar a una zona recóndita del río para contemplar a una nutria pescando.

Curiosamente, todo esto que don David ha ido aprendiendo para contemplar la naturaleza, le ha ayudado mucho para contemplar a Dios en su corazón. Pues poco a poco se fue dando cuenta de que también a Él hay que saber esperarle con paciencia, sin hacer ruido, con plena atención y, ante todo, con mucho amor.

EL MISTERIO QUE SE ESCONDE EN EL INTERIOR DEL BOSQUE

Todos los bosques esconden un secreto. Cuando nos adentramos en su interior, nos parece penetrar en el misterio de la vida, en lo más profundo de la creación.

Dios es un misterio, apenas podemos conocerlo superficialmente y pocos han llegado a atisbar espiritualmente su interior: lo mismo pasa, en cierto modo, con los bosques.

Este misterio que los habita animó al ser humano a construir en ellos ermitas en las que vivir aislados del mundo e inmersos en el misterio divino. También se construyeron en su interior templos y monasterios. Hay una tradición que dice que, por lo general, mientras que los monjes cistercienses preferían situar sus monasterios en los valles para poder cultivar sus tierras, los benedictinos los emplazaban al abrigo de los bosques de las montañas.

Los hayedos

A don David le encanta adentrarse en lo más profundo de La Corcera. Penetrar en el bosque le ayuda a penetrar dentro de sí

mismo, en su corazón, donde una sosegada paz lo envuelve todo y es más fácil encontrar a Dios.

Cuando está cansado, se sienta tranquilamente a contemplar el interior del bosque: la musaraña que se mueve nerviosa entre las hojas secas de roble, el conejo que camina algo despistado hacia un acebo y la ardilla que salta de rama en rama. También se deleita con el canto de los pájaros y disfruta de la fresca fragancia que se respira tras la lluvia. Cuando es la época, come bayas o alguna bellota que coge del suelo. Y le encanta acariciar el tierno musgo adherido a la corteza de los árboles. Don David siente que La Corcera le ha abierto su interior y comparte con él sus más íntimos secretos.

La zona más misteriosa y sobrecogedora de La Corcera es el gran bosque de hayas que se extiende por la ladera más umbría del valle. Es un hayedo tremendo, de árboles centenarios cuyas ramas forman una bóveda continua por la que en verano no pasa casi nada de luz, y que está sostenida por gruesos troncos, fuertes y esbeltos, como las columnas de una basílica.

Debido a su espesa sombra, en aquel hayedo apenas hay árboles de otras especies ni tampoco sotobosque. Es un inmenso espacio diáfano en cuyo suelo se extiende un continuo y mullido colchón de hojas. El silencio estremece. Y cuando sopla el viento los troncos y las ramas chirrían y chascan.

Penetrar en el sombrío y lúgubre hayedo de La Corcera es penetrar en un mundo oculto y secreto. No es de extrañar que antiguamente se pensase que aquel bosque estuviese encantado. La gente más imaginativa creía ver en él duendes y hadas.

A don David aquel ambiente le sumerge en la intimidad de lo sagrado. Dentro del hayedo puede orar con gran calma y sosiego, como si penetrase en el corazón de Dios.

LOS ÁRBOLES DE LAS CIUDADES

Aunque el ámbito natural de los árboles es el campo, hay algunos que han sabido adaptarse muy bien a los pueblos y las ciudades. Forman parte de eso que llaman «el paisaje urbano». Su trasfondo religioso no es muy apreciable, pero nos resultan muy familiares. Entre ellos cabe destacar tres: los plátanos, los álamos y los olmos.

El plátano

A los antiguos griegos les gustaba recrearse en los jardines y los parques públicos. En ellos disfrutaban de la naturaleza, charlaban, paseaban y jugaban. También en ellos los pensadores dialogaban y educaban a sus discípulos. Eso hacía Platón (ca. 428-347 a.C.) en un terreno situado a las afueras de la antigua Atenas donde había un olivar, un jardín y un gimnasio. Ese terreno estaba consagrado a un legendario héroe ático de la mitología griega llamado *Academo*, de donde deriva el nombre que tomó la escuela platónica: Academia.

Años más tarde, su discípulo Aristóteles (384-322 a.C.) prefirió impartir sus clases paseando entre hileras de plátanos o en un pórtico cubierto situado cerca del templo ateniense de Apolo Licio. Dado que en griego *perípatos* significa «paseo», a los discípulos de Aristóteles se les llamó «peripatéticos», y la escuela aristotélica tomó el nombre de «escuela peripatética». Asimismo, a esta escuela se la ha llamado «liceo», por el templo de Apolo Licio.

Los plátanos eran los árboles de jardinería preferidos por los griegos. Si bien no son oriundos de Grecia sino de Asia, estos árboles eran tan queridos por los atenienses que los plantaron en el centro neurálgico de la ciudad: el ágora. A ejemplo de los griegos, también los romanos valoraron mucho los plátanos, de tal forma que los llegaron a considerar como el símbolo de la finca de recreo. Y, obviamente, los romanos los extendieron por todo su imperio para embellecer las plazas y las avenidas, y para formar hermosas zonas arboladas.

Como vemos, no es por azar que muchos siglos más tarde, en la actualidad, el plátano sea, probablemente, el árbol más emblemático de las ciudades. Debido a su gran resistencia a las podas y a la polución, y gracias a su crecimiento rápido, su belleza y su magnífica sombra, se planta mucho en los parques y en las calles de los pueblos y ciudades.

Su nombre deriva del griego *platys*, es decir, «ancho», por las dimensiones de sus hojas. Gracias a ellas produce esa magnífica sombra, bajo la cual da gusto sentarse a leer. De hecho, en algunas guías botánicas se le llama «plátano de sombra» para evitar confusiones con la conocida fruta tropical que lleva su nombre, y que es el fruto de la platanera o banano.

En la isla de Kos, situada en el mar Egeo, hay un anciano plátano del que una tradición dice que bajo su sombra enseñaba el gran médico Hipócrates (460-377 a.C.), oriundo de esta isla. Otra tradición cuenta que también san Pablo predicó bajo este árbol en su último viaje a Jerusalén (cf. Hch 21,1).

Efectivamente, los griegos apreciaban mucho la sombra de los plátanos. Así lo narra Platón:

«*Sócrates*: Marchemos, pues, y elige tú el sitio donde debemos sentarnos.

Fedro: ¿Ves este plátano de tanta altura?

Sócrates: ¿Y qué?

Fedro: Aquí, a su sombra, encontraremos una brisa agradable y hierba donde sentarnos y, si queremos, también para tumbarnos.

Sócrates: Adelante, pues» (*Fedro*, 265).

Qué bien se está hablando tranquilamente con un amigo a la sombra de un árbol, pasando una plácida tarde, comentando proyectos e ilusiones, o compartiendo divertidas anécdotas. La amistad es un gran tesoro que debemos conservar. Eso mismo pensaba Jesús, y así se lo decía a sus discípulos:

«Este es el mandamiento mío: que os améis los unos a los otros como yo os he amado.

Nadie tiene mayor amor que el que da su vida por sus amigos. Vosotros sois mis amigos, si hacéis lo que yo os mando. No os llamo ya siervos, porque el siervo no sabe lo que hace su amo; a vosotros os he llamado amigos, porque todo lo que he oído a mi Padre os lo he dado a conocer» (Jn 15,12-15).

El álamo

Don David nació en un pueblo rodeado de amplios campos de trigo. Había una gran chopera en la ribera del río y una larga fila de álamos en el camino de la ermita.

Los álamos y los chopos –también llamados «álamos negros»– fueron plantados abundantemente en los pueblos y ciudades desde la Antigüedad. Por eso los romanos les llamaban *populus* es decir, «propios de los pueblos». La palabra «chopo» deriva precisamente de ese término. Y es así, *Populus*, como se designa científicamente a todo el género que comprende a los chopos y álamos. El término «álamo» proviene del término *alnus*, que es como los romanos llamaban a otro árbol, el aliso, que también abunda en las riberas de los ríos.

Es muy placentero contemplar a lo lejos la belleza de un viejo pueblo salpicado aquí y allá de altos álamos que compiten en altura con el campanario de la iglesia, que preside el contorno.

Los chopos y los álamos dan «verticalidad» a la existencia humana. Como pasa con los campanarios de las iglesias, su figura nos recuerda que, más importante que nuestra dimensión horizontal y terrena, lo es nuestra dimensión espiritual, nuestra apertura a Dios. Ésta nos permite dar un verdadero y pleno sentido a nuestra existencia, y disfrutar en esta vida de la felicidad del Reino de Dios. Así lo dice Jesús:

«Porque el Reino de Dios ya está entre vosotros» (Lc 17,21).

De eso nos hablan los álamos y los chopos al contemplarlos, como bien lo expresa este poema de Juan Ramón Jiménez (1881-1958) al álamo blanco:

«Arriba canta el pájaro
y abajo canta el agua.

(Arriba y abajo,
se me abre el alma).

¡Entre dos melodías,
la columna de plata!
Hoja, pájaro, estrella;
baja flor, raíz, agua.
¡Entre dos conmociones,
la columna de plata!
(¡Y tú, tronco ideal,
entre mi alma y mi alma!)

Mece a la estrella el trino,
la onda a la flor baja.
(Abajo y arriba,
me tiembla el alma)».

El olmo

Otro árbol que abundaba en el pueblo natal de don David era el olmo común. Este árbol ha estado muy asociado a las poblaciones humanas desde muy antiguo. A la salida de los pueblos se plantaban olmedas donde los lugareños podían cortar ramas con las que hacer mangos y utensilios duros que resistiesen fuertes golpeteos. Además, la madera de olmo aguanta muy bien la putrefacción por la humedad.

Pero en muchos pueblos, bastante más importante que aquellos olmos de las afueras, lo era el gran olmo que presidía la plaza principal. El del pueblo de don David llevaba más de 200 años plantado frente al ayuntamiento, rodeado de bancos donde la gente pasaba las tardes. ¡Cuánto habrá jugado de niño don David en aquella plaza mientras sus padres charlaban tranquilamente con los vecinos!

Curiosamente, a aquel olmo le llamaban «la olma». En efecto, era muy común en muchos pueblos llamar de ese modo, en femenino, al gran olmo del pueblo. Y esto es así, probablemente, porque veían a ese árbol como a una madre que reúne a sus hijos debajo de sus ramas. O como dijo Jesús a los habitantes de Jerusalén:

«¡Cuántas veces he querido reunir a tus hijos, como una gallina reúne a su nidada bajo sus alas, y no habéis querido!»
(Lc 13,34).

Ciertamente, aquellos olmos plantados en las plazas fueron el alma de muchos pueblos. Pero decimos «fueron» porque, como es bien sabido, en torno a los olmos se cernió una gran tragedia. En los años ochenta del siglo pasado se desarrolló una cepa muy agresiva de un hongo que produce una enfermedad llamada *grafiosis*. Ésta aniquiló una gran parte de los olmos comunes y, entre ellos, el de la plaza del pueblo de don David.

Ver su olmo morir sin poder hacer apenas nada para curarla fue una gran desdicha para todo el pueblo. El alcalde, con la aprobación unánime de todo el consejo municipal, decidió conservar el viejo tronco muerto de su olmo. Se le trató con productos para que se conservase, se le rodeó con una pequeña vaya y a su lado se puso el famoso poema de Antonio Machado:

«Al olmo viejo, hendido por el rayo
y en su mitad podrido,
con las lluvias de abril y el sol de mayo
algunas hojas verdes le han salido.

¡El olmo centenario en la colina
que lame el Duero! Un musgo amarillento
le mancha la corteza blanquecina
al tronco carcomido y polvoriento.

No será, cual los álamos cantores
que guardan el camino y la ribera,
habitado de pardos ruiseñores.

Ejército de hormigas en hilera
va trepando por él, y en sus entrañas
urden sus telas grises las arañas.

Antes que te derribe, olmo del Duero,
con su hacha el leñador, y el carpintero

te convierta en melena de campana,
lanza de carro o yugo de carreta;
antes que rojo en el hogar, mañana,
ardas en alguna mísera caseta,
al borde de un camino;
antes que te descuaje un torbellino
y tronche el soplo de las sierras blancas;
antes que el río hasta la mar te empuje
por valles y barrancas,
olmo, quiero anotar en mi cartera
la gracia de tu rama verdecida.
Mi corazón espera
también, hacia la luz y hacia la vida,
otro milagro de la primavera».

El tronco seco en la plaza del pueblo natal de don David da testimonio del valor de nuestros ancestros. De todos aquellos que influyeron en que seamos quienes somos. Ahora aprovechamos sus buenos frutos. Pero nosotros también debemos pensar en nuestros sucesores, en los que nos tomarán el relevo. Es responsabilidad nuestra sembrar ahora buenas semillas pensando en las próximas generaciones.

LOS ÁRBOLES SINGULARES

Los últimos años de la vida de su madre se hicieron muy difíciles a don David, pues ésta había perdido la cabeza. Era durísimo ver cómo ella ya no le reconocía. Y le era imposible compaginar su vida de párroco con los cuidados y atenciones que su madre necesitaba. En varias ocasiones los vecinos se encontraron con ella andando perdida a las afueras del pueblo.

Así que don Marcelo, su obispo en aquellos tiempos, le recomendó encarecidamente a don David que la ingresara en una residencia de las Hermanitas de los Pobres, que está a unos cuarenta kilómetros del pueblo, pues allí estaría mejor atendida y él podría ocuparse mejor de la parroquia.

Y tras pensarlo mucho, al final se decidió por hacer caso del buen consejo de don Marcelo. Tras ingresarla en la residencia, siempre que podía se pasaba por allí y sustituía al capellán en la celebración de la Eucaristía, a la que su madre, con la mirada perdida, asistía acompañada en todo momento por una hermana.

No cabe duda de que don Marcelo, otros sacerdotes y los parroquianos arrojaron mucho a don David en aquellos momentos, pero no le quitaban el dolor que sentía por dentro. Él se quedó muy solo. Le faltaba su querida madre. Salvo los años de seminario, siempre había vivido con ella. Y ahora no estaba con él ni le reconocía como hijo.

Pero encontró un amigo inseparable: el gran peral del jardín de su casa. Estaba en la parte de atrás, resguardado del viento y de la vista de los vecinos. Sentado a sus pies, apoyando la espalda en su tronco y con las piernas recogidas, allí pasaba largos ratos.

Don David era una persona bastante reservada. Le costaba abrirse a los demás. Pero ese peral tenía algo especial, pues con él se sentía bien acompañado. Se acostumbró a rezar junto a él y acabó contándole todas sus penas. Y poco a poco su corazón se fue liberando del dolor que tenía dentro.

Tras la muerte de su madre, cuando se trasladó a la casa de La Corcera, le costó mucho desprenderse de aquel árbol. Por ello, a pesar de los años que han pasado, de vez en cuando le visita. Ambos han envejecido. El tronco del peral se ha quedado casi hueco y ha perdido bastantes ramas. Pero sigue siendo su entrañable amigo de confidencias. Sentado a sus pies, recuerda con nostalgia los cuidados y desvelos de su madre.

Como el peral de don David, hay otros muchos árboles que acompañan a personas o a pueblos enteros. Son árboles que tienen algo de especial: su belleza, su fortaleza, sus frutos, su sombra... Antaño, estos árboles singulares fueron a veces considerados sagrados. En ocasiones a ellos acudían las gentes para pedir una buena cosecha, el regreso de las lluvias o el final de una guerra.

Otras veces, sin ser considerados sagrados, formaban parte del patrimonio de un pueblo o de una familia. Es el caso, por ejemplo, de la olma del pueblo natal de don David y de otros muchos árboles plantados en las plazas de los pueblos. A su sombra se celebraban las fiestas, se reunían para decidir asuntos importantes o, simplemente, se sentaban para pasar una buena tarde.

Hablando de los árboles singulares de España, no podemos olvidarnos del roble de Guernica. Posiblemente fue un antiguo árbol sagrado de Vizcaya que tras la evangelización conservó su influencia socio-política. Debajo de él se celebraron importantes reuniones, se hizo justicia y los reyes castellanos juraron los fueros para poder ser reconocidos como «Señores de Vizcaya». Aquel roble desgraciadamente murió. Pero a su lado crece ahora un hijo suyo.

En muchos casos, los árboles sagrados eran para los antiguos el «centro del mundo». Tengamos en cuenta que para ellos la tierra era plana y sobre ella giraba una inmensa bóveda celeste. Y su árbol sagrado les indicaba dónde estaba el centro de todo ese mundo.

Antes de la llegada del Evangelio, los árboles singulares eran en algunos casos la mejor imagen de Dios que tenían nuestros antepasados. Se mostraban como un icono de esa Divinidad que con misteriosa sabiduría ha creado todo cuanto existe.

En las Escrituras se nos muestra claramente cómo la naturaleza nos habla de Dios. Veamos qué nos dicen, por ejemplo, sobre el cielo:

«El cielo proclama la gloria de Dios,
el firmamento pregona
la obra de sus manos:
el día al día le pasa el mensaje,
la noche a la noche se lo susurra.

Sin que hablen, sin que pronuncien,
sin que resuene su voz,
a toda la tierra alcanza su pregón
y hasta los límites del orbe su lenguaje» (Sal 18,2-5).

LAS IMÁGENES DE DIOS EN LA BIBLIA

En las Escrituras se habla en ciertas ocasiones de Dios empleando imágenes de árboles o arbustos, ya que, como estamos viendo, éstos son unos buenos medios para que Dios se dé a conocer y para facilitar nuestro encuentro con Él. Hay dos imágenes que destacan: el cedro en el Antiguo Testamento y la vid en el Nuevo Testamento. Pero también es muy simbólica la imagen de la zarza.

El cedro

Uno de los árboles más valorados en los países del norte de África y del Oriente Próximo, sobre todo en la Antigüedad, es el mítico cedro. Su bella madera era muy apreciada por ser también aromática. De hecho, de ahí viene su nombre, pues *kédros* es como los griegos llamaban a las maderas aromáticas.

Hace 4000 años, los sumerios –en la Baja Mesopotamia– lo consideraban el hogar del dios Ea –o Enki–: señor de la tierra, creador de la raza humana y origen de la civilización. Por ello el cedro era venerado como «el árbol del mundo». En la epopeya sumeria del héroe Gilmanés, la más popular del Oriente Próximo, éste consigue talar un bosque prohibido de cedros para hacerse con su madera. Dice el autor que «podía escucharse a una legua el gemido de los cedros». Como castigo, sobre Gilmanés cayó una gran maldición.

Curiosamente, los antiguos judíos apenas conocían físicamente los cedros, pues no había en su territorio, los más cercanos se hallaban un poco más al norte, en un esplendoroso bosque que crecía en las cordilleras que forman el Líbano. Este bosque era tan admirado que el rey Salomón (siglo X a.C.) empleó su madera para la construcción del edificio que iba a albergar a Dios: el Templo de Jerusalén (cf. 1 Re 5-7). Porque para lo más valioso de todo lo que existe, debía emplearse la madera más valiosa. En efecto, cuenta el primer libro de los Reyes que Salomón mandó decir a Jirám, rey de Tiro:

«Así pues, da orden de que corten para mí cedros del Líbano»
(1 Re 5, 20).

Así se hizo y Salomón «construyó el Templo hasta su conclusión. Recubrió el Templo con artesanado de cedro» (1 Re 6,9).

«La nave de delante del santuario media cuarenta codos. El cedro del interior representaba bajorrelieves de calabazas y capullos abiertos; todo era de cedro, no se veía la piedra» (1 Re 6, 17).

El cedro era para el pueblo de Israel un símbolo de fortaleza. Aunque no había cedros en Palestina, sabemos que era legendario su gran tamaño en todo el Oriente Próximo, y los viajeros y mercaderes que los habían visto hablaban de ellos con admiración. Y es que un cedro del Líbano puede llegar a alcanzar 30 metros de altura y su tronco 2 metros de diámetro. Si a eso se suma su ancha copa, el resultado es un árbol grandioso, armonioso y bello. Un gran cedro es un árbol impresionante.

Pero si hay Alguien verdaderamente fuerte, ese es Dios, que liberó a su pueblo de la opresión de Egipto «con mano fuerte y brazo extendido» (Dt 26,8). Por eso se proclama la omnipotencia de Dios diciendo que es capaz de someter a los cedros:

«La voz del Señor es potente,
la voz del Señor es magnífica,
la voz del Señor descuaja los cedros,
el Señor descuaja los cedros del Líbano» (Sal 28,4-5).

Actualmente es fácil contemplar espléndidos cedros en los parques y jardines de nuestras ciudades, pues se les ha plantado abundantemente gracias a su belleza. El cedro nos habla de la abrumadora omnipotencia con la que Dios puede liberarnos de la esclavitud del pecado.

La vid

Veamos ahora qué dice Jesús sobre sí mismo:

«Yo soy la vid; vosotros los sarmientos. El que permanece en mí y yo en él, ése da mucho fruto; porque separados de mí no podéis hacer nada» (Jn 15,5).

Si el Antiguo Testamento nos muestra a Dios muy por encima del más fuerte y legendario de los árboles –el cedro–, en el Nuevo Testamento su Hijo se pone a la altura del más humilde y vulgar de los arbustos –la vid–, pues, como nos dice san Pablo:

«Cristo, a pesar de su condición divina, no hizo alarde de su categoría de Dios; al contrario, se despojó de su rango y tomó la condición de esclavo, pasando por uno de tantos» (Fil 2,6-7).

Si el cedro era un árbol casi desconocido para los judíos, la vid era un arbusto muy popular, pues había viñedos por doquier y la gente plantaba vides en las huertas de sus casas. Y no sólo eso: sin ser oriunda de allí –sino del sur de Europa– se adaptó tan bien que crecía espontáneamente por toda esa región en la Antigüedad. De hecho, en la Biblia es la planta que más se cita para simbolizar al pueblo judío y a su tierra, como veremos más adelante.

Por otra parte, la vid no es grande, fuerte y espectacular como el cedro, sino pequeña, débil y humilde. Su utilidad no reside en su madera, sino en sus sabrosos frutos, con los que se hace el vino. Sabemos que hace unos 4000 años Palestina enviaba vino como tributo al Faraón de Egipto, pues era la bebida de los banquetes y las fiestas.

Pasado el tiempo, llegado entre nosotros el Hijo de Dios, el vino consagrado pasó a ser su preciosa Sangre en el sacramento de la Eucaristía (cf. Mt 26,27-29), el más importante de los banquetes y la más gozosa de las fiestas. Es la Sangre que nuestro Salvador derramó en la Cruz, como nos sigue diciendo san Pablo:

«Y así, actuando como un hombre cualquiera se rebajó hasta la muerte, y una muerte de cruz» (Fil 2,7-8).

La vid nos muestra al Hijo de Dios, el cual, con infinita humildad se hizo hombre, nos dio a conocer a su Padre celestial y, muriendo por amor en la Cruz, nos abrió el camino de la salvación. De todo eso nos habla la vid cuando la contemplamos con un corazón orante.

De esta gran simbología se aprovechó José Churriguera (1665-1725) para esculpir el gran retablo barroco de la iglesia de los dominicos de Salamanca, que forma parte del convento de San Esteban. Éste retablo fue hecho en los años 1691-1693 bajo la influencia teológica del Concilio de Trento (1545-1563), al que asistieron varios teólogos de esa comunidad. Como en este Concilio se subrayó mucho la presencia real de Cristo en el sacramento de la Eucaristía –frente a los protestantes, que lo niegan–, los dominicos decidieron dedicar el gran retablo central de su iglesia a la Eucaristía. Churriguera situó en medio del retablo un gran expositorio del Santísimo Sacramento y en torno a él colocó a cada lado tres grandes columnas salomónicas por las que trepan parras con grandes hojas y hermosos racimos. He ahí la vid como imagen de la Sangre de Cristo.

La zarza

Dios habló a Moisés en una montaña situada junto al desierto (siglo XIII a.C.). La Biblia nos narra cómo fue este sorprendente encuentro:

«Moisés, que apacentaba las ovejas de su suegro Jetró, el sacerdote de Madián, llevó una vez el rebaño más allá del desierto y llegó a la montaña de Dios, al Horeb. Allí se le apareció el Ángel del Señor en una llama de fuego, que salía de en medio de la zarza. Al ver que la zarza ardía sin consumirse, Moisés pensó: “Voy a observar este grandioso espectáculo. ¿Por qué será que la zarza no se consume?”. Cuando el Señor vio que él se apartaba del camino para mirar, lo llamó desde la zarza, diciendo: “¡Moisés, Moisés!”. “Aquí estoy”, respondió él» (Ex 3,1-4).

Si bien no se sabe qué arbusto espinoso era aquel que «ardía sin consumirse», los botánicos tienen bastante claro que no se trataba de una zarza, pues no había este género de plantas en el monte Horeb.

Pero el hecho es que, apoyándose en la versión bíblica de los Setenta (siglos II-III a.C.), la Biblia Vulgata de san Jerónimo (ca. 340-420) llamó a ese arbusto *rubus*, es decir, «zarza» y así aparece en las biblias escritas en lengua castellana. Y ello es muy significativo.

La zarza común –o zarzamora– es un arbusto muy conocido en los países que circundan el Mediterráneo. Tiene tres características importantes: produce unos frutos deliciosos; es indomesticable, pues crece mucho y anárquicamente; y forma una bola densa e inexpugnable de ramas entrecruzadas repletas de espinas, que protegen a los arbolitos que crecen en medio de ellas de ser comidos por los animales. Y estas tres características nos hablan de Dios, el cual, por medio de Moisés, liberó al Pueblo de Israel de su esclavitud en Egipto:

- Como la zarza, Dios nos da muy buenos frutos, y es misericordioso con los que se amparan en Él. Por eso le dice el salmista:

«Tú socorres a hombres y animales;
¡qué inapreciable es tu misericordia, oh Dios!,
los humanos se acogen a la sombra de tus alas;
se nutren de lo sabroso de tu casa,
les das a beber del torrente de tus delicias,
porque en Ti está la fuente viva,
y tu luz nos hace ver la luz» (Sal 35,7-10).

- Dios es también indomesticable. Una de las tentaciones del ser humano es hacer de Dios un ser a su medida. Pero afortunadamente Dios es libre. Es el ser humano quien humildemente ha de dejarse «domesticar» por Dios y no al revés, como afirma el salmista:

«El Señor es bueno y es recto,
y enseña el camino a los pecadores;
hace caminar a los humildes con rectitud,
enseña su camino a los humildes» (Sal 24,8-9).

- Y Dios es protector y providente. Quien crece espiritualmente arropado por Él, sabe que de un modo u otro le protegerá. Y así podrá exclamar como el salmista:

«El Señor es mi luz y mi salvación,
¿a quién temeré?
El Señor es la defensa de mi vida,
¿quién me hará temblar?» (Sal 26,1).

Pero, por otra parte, hay un pasaje bíblico en el que se habla especialmente mal del espio, que nuevamente es traducido por «zarza» en las biblias de lengua castellana. Este pasaje se remonta a los antiguos tiempos de los Jueces (siglos XI-XII a.C.), cuando un grupo de israelitas –los señores de la ciudad de Siquém– quiso nombrar un rey para que los gobernara. Entonces Yotán, que se oponía a ello, contó esta fábula:

«Escuchadme, señores de Siquém, y que Dios os escuche a vosotros:

Los árboles se pusieron en camino para ungir a un rey que los gobernara.

Entonces dijeron al olivo: “Sé tú nuestro rey”. Pero el olivo les respondió: “¿Voy a renunciar a mi aceite con el que se honra a los dioses y a los hombres, para ir a mecerme por encima de los árboles?”.

Los árboles dijeron a la higuera: “Ven tú a reinar sobre nosotros”. Pero la higuera les respondió: “¿Voy a renunciar a mi dulzura y a mi sabroso fruto, para ir a mecerme por encima de los árboles?”.

Los árboles le dijeron a la vid: “Ven tú a reinar sobre nosotros”. Pero la vid les respondió: “¿Voy a renunciar a mi mosto que alegra a los dioses y a los hombres, para ir a mecerme por encima de los árboles?”.

Entonces, todos los árboles dijeron a la zarza: “Ven tú a reinar sobre nosotros”. Pero la zarza respondió a los árboles: “Si de veras queréis ungirme para que reine sobre vosotros, venid a cobijaros bajo mi sombra; de lo contrario, saldrá fuego de la zarza y consumirá los cedros del Líbano”» (Jue 9,7-15).

Como vemos, en esta fábula no son los más aptos y nobles los que aceptan ponerse por encima de sus semejantes, sino, paradójicamente, el más tirano de los arbustos. Once siglos más tarde, Jesús dijo lo siguiente:

«Sabéis que los jefes de las naciones las gobiernan tiránicamente y que los magnates las oprimen. No ha de ser así entre vosotros. El que quiera ser importante entre vosotros, sea vuestro servidor, y el que quiera ser el primero, sea vuestro esclavo. De la misma manera que el Hijo del hombre no ha venido a ser servido, sino a servir y dar su vida en rescate por vosotros» (Mt 20,25-28).

EL NACIMIENTO DEL SEÑOR

EL ÁRBOL DE NAVIDAD

Hace varios años que don David cogió la costumbre de adornar en Navidad su ficus benjamina y ponerlo al lado del belén. Para él, el árbol de Navidad nos habla de cómo la naturaleza se adornó bellamente cuando nació en medio de ella el Hijo de Dios. Y también muestra a la creación toda entera cantando de alegría por tal acontecimiento:

«Retumbe el mar y cuanto contiene,
la tierra y cuantos la habitan;
aplaudan los ríos, aclamen los montes
al Señor, que llega para regir la tierra» (Sal 97,7-8).

El abeto

En el siglo XVII, a partir, parece ser, de antiguos cultos paganos en los que el abeto representaba el renacer de la vida, se extendió en Alemania y Escandinavia la costumbre de poner lo que hoy llamamos «el árbol de Navidad» en la sala más importante de la casa, adornado con huevos pintados y guirnaldas vegetales. En el siglo XIX esta tradición se extendió con fuerza por Europa, y en el siglo XX, como bien sabemos, pasó a formar parte de la cultura global.

El Papa san Juan Pablo II lo introdujo en la plaza de San Pedro del Vaticano en la Navidad de 1982, asumiendo así algo que era bien real: el árbol de Navidad se había integrado perfectamente en la fe cristiana. Desde entonces existe la costumbre de que cada año un país del centro o norte de Europa regale un árbol de Navidad de grandes dimensiones al Vaticano.

El árbol de Navidad por excelencia es el abeto, pero sabemos que también son perfectamente válidos otras coníferas de porte parecido, como las piceas y los pinos.

El acebo

Otro conocido árbol -o más bien arbusto- muy relacionado con la Navidad es el acebo. Su color oscuro y sus conocidas bolas rojas contrastan mucho con la blancura de la nieve que todo lo cubre en el duro invierno de La Corcera.

En medio del bosque, los acebos forman espesas matas donde se refugian los animales. En su interior, éstas son como una sala cuyas paredes y techo están compuestos por una gruesa capa de ramas y hojas. En medio de la «sala» se yerguen unos pelados troncos que sostienen el «techo» por el que se deslizan los finos hilos de luz que han podido sortear la tupida capa de hojas. Al resguardo del gélido viento, dentro de las matas la temperatura es unos tres grados superior a la exterior.

En el suelo apenas hay nieve. Sin embargo está cubierto de un manto de hojas muertas entre las que abundan las rojas bayas del acebo que han caído tras haber madurado, y que esperan a que algún animal se las coma. Y esto es muy importante en una época en la que la naturaleza está parada y apenas ofrece nada para nutrir a los animales.

Don David sabe que las matas de acebo desempeñan un papel protector muy importante para los animales en invierno. Cuando él era más joven y ágil, le gustaba arrastrarse para entrar en su interior y sentarse a la espera de que apareciese algún conejo o perdiz a la búsqueda de refugio y comida.

Esas grandes matas le recuerdan a don David el portal de Belén, donde la Virgen María y san José se refugiaron cuando nadie les quiso acoger para que pasaran aquella fría noche invernal en la que nació nuestro Salvador, y que, a la postre, pasó a ser la primera Navidad (cf. Lc 2,1-21).

LA EPIFANÍA DEL SEÑOR Y LOS «ÁRBOLES LITÚRGICOS»

Cuando don David era párroco, la tarde anterior al 6 de enero organizaba una gran acogida parroquial a los Reyes Magos. Era una

celebración que consistía en una Eucaristía seguida por una merienda, juegos, cantos y el reparto de caramelos a los niños. Todos regresaban a sus casas llenos de ilusión, a la espera de lo que les traerían los Reyes esa noche, pues eran ellos y no Papá Noel –o Santa Claus– quienes llevaban regalos a los niños en su pueblo.

El momento más importante e impresionante de aquella celebración era cuando los Reyes Magos hacían entrega de sus presentes al Niño Jesús, que estaba en un Nacimiento situado en una capilla lateral de la iglesia, a la izquierda del altar mayor. Dicha entrega se realizaba durante la lectura del Evangelio, que era solemnemente teatralizada por una veintena de parroquianos entre los que generalmente se encontraban el alcalde y varios concejales. Así narra san Mateo la adoración de los Reyes Magos:

«Se pusieron en camino, y la estrella que habían visto en Oriente les guio hasta que llegó y se paró donde estaba el Niño. Al ver la estrella se llenaron de una inmensa alegría. Entraron en la casa, vieron al Niño con su Madre, María, y lo adoraron postrados en tierra. Abrieron sus tesoros y le ofrecieron como regalo oro, incienso y mirra» (Mt 2,9-11).

Los Reyes Magos, a los que san Mateo llama «sabios de Oriente», adoraron al Niño Jesús con «oro, incienso y mirra». Se trata de tres tipos de resinas aromáticas que, efectivamente, pueden obtenerse en Oriente, principalmente en Arabia. Una tradición nos dice que estos sabios eran astrónomos persas, pues en Persia estaba por entonces muy desarrollada la astronomía. Pero la tradición más difundida es que se trata de tres reyes que representan a las tres grandes razas de la tierra: la oriental, la negra y la blanca, de ahí que se les llame popularmente «los tres Reyes Magos».

EL «oro» del que habla san Mateo se trata muy probablemente de un tipo especial de incienso que quemaban los sacerdotes para rendir culto a Dios en el «altar de oro» –o «altar del incienso»– situado en el Santuario del Templo de Jerusalén, delante del Sancta Sanctorum, que era el lugar más sagrado del Templo (cf. 1Re 6,20-21, Ex 30,1-10). Eso es lo que hacía Zacarías cuando se le apareció el Ángel Gabriel:

«Sucedió que, mientras oficiaba delante de Dios, en el turno de su grupo, le tocó en suerte, según el uso del servicio sacerdotal, entrar en el Santuario del Señor para quemar el incienso. Todo el pueblo estaba orando fuera mientras se ofrecía el incienso. Y el Ángel del Señor se le apareció, de pie, a la derecha del altar del incienso. Al verlo Zacarías se sobresaltó y se llenó de miedo» (Lc 1,8-12).

El olivo

Aunque don David no sabía que el «oro» de los Reyes Magos era –probablemente– un tipo de incienso, intuía que debía tener un uso litúrgico, pues ellos lo emplearon para rendir culto al Hijo de Dios.

Por eso, en la entrega teatralizada de los presentes, la costumbre de don David era reemplazar el oro por aceite de oliva, al que también se le llama «oro líquido» porque es muy saludable y alimenticio. Eso le parecía más adecuado que la idea de poner unas cuantas monedas doradas, como algunos parroquianos le proponían. Don David prefería emplear en un acto litúrgico aceite verdadero que oro falso.

Ciertamente, el aceite tiene un importantísimo uso litúrgico, pues se emplea desde muy antiguo para ungir, es decir, para simbolizar una cierta influencia o transmisión sagrada o divina a una persona. Por ejemplo, en el Antiguo Testamento se unge con aceite a los sacerdotes (cf. Ex 30,30), reyes (cf. 1 Sam 16,13) y profetas. Así lo expresa Isaías:

«El espíritu del Señor está sobre mí, porque el Señor me ha ungido» (Is 61,1).

También se unge con oleo sagrado en los sacramentos del Bautismo, la Confirmación, el Orden y la Unción de Enfermos. En el caso de los tres primeros se emplea el «santo crisma» que es una mezcla de aceite y bálsamo oloroso. Éste sólo puede ser consagrado por el obispo, y lo hace el Jueves Santo en la Misa Crismal, que celebra junto a sacerdotes provenientes de las distintas partes de la diócesis.

Asimismo se usa el aceite de oliva para alimentar las candelas que arden en las iglesias. Quizás las más significativas son las de los lampadarios, pues cada candela o vela encendida simboliza la oración de aquel que la ha prendido deseando de todo corazón ser ayudado por Dios. También la llama de una vela nos muestra a Jesús cuando dice:

«Yo soy la luz del mundo. El que me sigue no caminará a oscuras sino que tendrá la luz de la vida» (cf. Jn 8,12).

El árbol del incienso

Los árboles no sólo se contemplan con la vista sino también con los otros sentidos. Podemos, por ejemplo, degustar sus frutos. También podemos escuchar el sonido de sus hojas movidas por el viento o acariciar su corteza. Hay árboles que desprenden un aroma muy agradable cuando están en flor. En otros son sus hojas las que huelen muy bien, como el laurel. Y en otros árboles el perfume proviene de la resina que portan su tronco y sus ramas. Éste es el caso del cedro, como ya hemos visto anteriormente, y del arbusto que ahora nos ocupa: el árbol del incienso.

Al arder, su resina produce un aromático humo que tiene una enorme capacidad para simbolizar la presencia de lo divino. De hecho, en Egipto era conocido como la «fragancia de los dioses». Esta importante cualidad hace que se emplee desde muy antiguo para crear un ambiente propicio en los rituales sagrados. Incluso representa a la misma oración, como dice el salmo:

«Señor, te estoy llamando, ven deprisa,
escucha mi voz cuando te llamo.
Suba mi oración como incienso en tu presencia,
el alzar de mis manos como ofrenda de la tarde» (Sal 140,1-2).

El incienso es una resina blanca extraída de varias especies de arbustos del género *Bosweillia* que crecen en la India, Arabia, Etiopía y Somalia. En tiempos del rey Salomón el incienso procedía del antiguo reino de Saba y era comercializado por mercaderes árabes y fenicios.

La cualidad aromática del incienso no sólo se aprovechaba quemándolo en los rituales sagrados, asimismo se hacían con él perfumes. Además, este árbol se empleaba en jardinería debido al suave aroma que desprende. Desde muy antiguo fueron plantados estos árboles en los jardines de Egipto y Próximo Oriente. En el *Cantar de los Cantares* se habla varias veces del árbol del incienso. Por ejemplo, dice el amado:

«Antes que sople la brisa del día
y huyan las sombras,
iré al monte de la mirra,
a la colina del incienso» (Can 4,6).

El incienso y la mirra simbolizan el buen aroma del amor divino. Entrar en una iglesia, contemplar su belleza y sentir su delicado olor a incienso, ayudan a elevar el alma hacia Dios.

La mirra

El término «mirra» hace referencia a varias especies de arbustos que crecen en Arabia, Etiopía y Somalia, así como a la resina que se extrae de ellos y que se quemaba a modo de incienso en los templos de la Antigüedad. También se usaba como ingrediente de cosméticos, ungüentos y bebidas, como la que le ofrecieron los soldados a Jesús en la Cruz:

«Le daban vino con mirra, pero Él no lo aceptó» (Mc 15,23).

Asimismo se empleaba para embalsamar a los muertos, como hicieron José de Arimatea y Nicodemo tras la crucifixión:

«Entre los dos se llevaron el cuerpo de Jesús y lo envolvieron en vendas de lino bien empapadas en la mezcla de mirra y áloe, siguiendo la costumbre judía de sepultar a los muertos» (Jn 19,40).

EL DOMINGO DE RAMOS

La fiesta del Domingo de Ramos rememora la entrada triunfante de Jesús en Jerusalén días antes de su Pasión. Como su propio nombre indica, los ramos son un elemento muy importante de esta fiesta, pues con ellos alabamos al Hijo de Dios.

Curiosamente, la simbología y el trasfondo religioso de los árboles de los que se toman los ramos nos hablan muy bien de Jesús:

«Al día siguiente, al enterarse la numerosa muchedumbre que había llegado para la fiesta, de que Jesús se dirigía a Jerusalén, tomaron ramos de palmera y salieron a su encuentro gritando: “¡Hosanna! ¡Bendito el que viene en nombre del Señor, y el que es el Rey de Israel!”» (Jn 12,12-13).

La palmera

Dentro de los muchos tipos de palmeras, nos vamos a fijar en la que produce los dátiles, pues era la más extendida en el mundo antiguo. Es a ella a quien se refiere san Juan en el texto que acabamos de citar de su Evangelio, y lo que la convierte en el árbol más ligado al Domingo de Ramos.

Los griegos llamaban a la palmera *phoenix*. Dicho nombre está estrechamente relacionado con Fenicia, país costero situado al norte de Palestina en el que abundaban estos árboles.

La palmera datilera también guarda relación con el mítico Ave Fénix, de quien Heródoto (484-425 a.C.) cuenta que habitaba en Arabia y se consumía en el fuego cada 500 años para después renacer de sus cenizas. Se piensa que quizás aquel Ave Fénix era en realidad un palmeral, pues éstos tienen una gran capacidad de regeneración tras un incendio. Por ello simbolizan el renacimiento de la naturaleza y la resurrección.

Los ramos de palmera son, en realidad, grandes hojas, llamadas también «palmas». Éstas son imagen de la victoria, como ocurre con las palmas que aparecían en las monedas de los Macabeos, que liberaron al pueblo judío de la dominación seléucida de Antíoco IV

Epífanos (215-163 a.C.). Y la misma simbología tuvieron en el mundo romano y es la que más tarde tendrán en la iconografía cristiana. Por ello, a los mártires, es decir, a aquellos que han dado su vida por su fidelidad a la fe cristiana, se les representa con una hoja de palmera en la mano, que es la llamada «palma del martirio». Ellos han salido victoriosos de la dura prueba y por ello han logrado alcanzar –gracias a la misericordia divina– la resurrección, y ahora disfrutan de la felicidad eterna.

En definitiva, las palmas utilizadas el Domingo de Ramos nos hablan de Jesucristo, que al morir en la Cruz y resucitar, venció al pecado y a la muerte.

El olivo

También es muy típico emplear ramas de olivo para festejar el Domingo de Ramos, pues se trata de un árbol mediterráneo muy simbólico. No es por casualidad que dos ramas de olivo aparezcan en la bandera de las Naciones Unidas. Esta simbología tiene su origen en Grecia, donde era el árbol sagrado de la paz. En los antiguos Juegos Olímpicos –en los que reinaba la paz entre los pueblos– a los vencedores se les premiaba con una corona hecha con olivo.

Desde muy antiguo el olivo fue extensamente cultivado en Palestina, más aún que la vid. De hecho, probablemente sea esta región la cuna del olivo cultivado, pues en excavaciones arqueológicas se han encontrado huesos de aceituna que datan del 3.700 a.C. Y sabemos que la exportación de aceitunas y aceite era una importante fuente de recursos económicos para los antiguos palestinos. Quizás sea por la abundancia e importancia de los olivos, por lo que la paloma enviada por Noé desde el Arca volvió con una rama verde de este árbol en el pico, indicando así el fin del diluvio universal (cf. Gn 8,10-11). De ahí nace la imagen de la paz más globalmente conocida: una paloma blanca con una rama de olivo en su pico.

Y no hay paz más profunda y verdadera que la que hallamos en el corazón del Hijo de Dios. Efectivamente, así se muestra Jesús durante su Pasión y Muerte: como un pacífico cordero al que llevan

al matadero. Varios siglos antes Isaías lo profetizó de este modo en sus Cantos del Siervo:

«Al ser maltratado,
se humillaba y ni siquiera abría su boca:
como un cordero llevado al matadero,
como una oveja muda ante el esquilador,
Él no abría su boca (Is 53,7).

El laurel

En la zona donde vive don David no crecen ni las palmeras ni los olivos, pues la lluvia y sobre todo el frío lo impiden. Por eso el Domingo de Ramos algunos van a misa con ramos de boj o de acebo, aunque lo que más se ven son ramos de laurel, que abunda en los jardines de las casas pues sus hojas se emplean para condimentar la comida.

También hay laureles silvestres en La Corcera. Don David conoce una senda que cruza un pequeño bosquecillo de éstos árboles. De vez en cuando se pasea por allí para oxigenar sus pulmones con su adorable aroma.

El Domingo de Ramos le gusta decir a sus feligreses que el buen aroma del laurel que ellos agitan con tanto ímpetu nos habla del olor de santidad de Jesucristo.

Pero, ante todo, el laurel simboliza la gloria y la victoria. Los griegos coronaban con laurel a los vencedores de los Juegos Píticos. Y los romanos, por influencia griega, imponían coronas de laurel a los generales victoriosos y a los ganadores de las carreras de cuadrigas. Por ello se piensa que quizás el verbo latino *laudo* -es decir, «alabar»- esté relacionado con el nombre latino del laurel: *laurus*, que a su vez proviene probablemente del término celta *laur*, que significa «verde», pues es un árbol de hoja perenne, es decir, que siempre está verde.

También se daban antiguamente ramas de laurel a los estudiantes cuando acababan exitosamente sus estudios. Todavía se emplea la expresión «laurear a una persona» cuando se le da un galardón o un premio.

Obviamente, todo esto muestra lo bien que encaja el laurel en la fiesta del Domingo de Ramos. En este día, comienzo de la Semana Santa, se conmemora que Jesús entra gloriosamente en Jerusalén para vencer en la batalla más importante de toda la historia. Por ello aclamamos en la procesión de Ramos:

«Hosanna Hijo de David.

Bendito el que viene en nombre del Señor, el Rey de Israel.

¡Hosanna en el cielo!» (Mt 21,9).

LA PASIÓN DEL SEÑOR

La Cruz del Señor se hizo muy probablemente con tronco de cedro, ciprés u otra conífera del Líbano, pues se trata de árboles relativamente cercanos a Jerusalén y cuyos troncos son rectos y duros.

Con respecto a la corona de espinas, encontramos distintas tradiciones que apuntan a tres posibles árboles o arbustos con los que pudo hacerse: la acacia, la zarza y el majuelo. Contemplar sus pinchos y sobre todo tocarlos, nos habla de aquella horrible escena en la que los soldados romanos se burlaron del indefenso Jesús:

«Los soldados lo llevaron dentro del palacio, al pretorio, y convocaron a toda la guardia. Lo vistieron con un manto de púrpura, hicieron una corona de espinas y se la colocaron. Y comenzaron a saludarlo: “¡Salve, rey de los judíos!”. Y le golpeaban la cabeza con una caña, le escupían y, doblando la rodilla, le rendían homenaje.

Después de haberse burlado de Él, le quitaron el manto de púrpura y le pusieron de nuevo sus vestiduras. Luego le hicieron salir para crucificarlo» (Mc 15,16-20).

Estos duros acontecimientos nos introducen en el misterio de la Redención. Así de sencillamente se lo explicó días antes el propio Jesús a sus discípulos:

«Os aseguro que si el grano de trigo no cae en tierra y muere, no da fruto; pero si muere, da mucho fruto» (Jn 12,24).

La pasionaria

Hay una enredadera sudamericana muy extendida en jardinería cuya flor, sorprendentemente, nos muestra bastantes elementos de la Pasión del Señor. De ahí viene su nombre, «pasionaria»:

- Los *cinco lóbulos* de sus hojas simbolizan las manos de los guardias que apresaron a Jesús guiados por Judas;
- los *zarcillos*: los flagelos con los que se le azotó;

- la *corona de filamentos*: la corona de espinas;
- el *centro de la flor*: la Cruz;
- los *tres estilos*: los clavos;
- los *cinco estambres*: las cinco heridas en pies, manos y costado;
- el *ovario*: la esponja con la que se le dio a beber vinagre;
- las *hojas nuevas*: la punta de la lanza con la que se le traspasó el costado;
- las *tres brácteas*: las tres Marías que le acompañaban en la Cruz;
- el *receptáculo*: el cáliz de su preciosa Sangre;
- los *diez pétalos* –en realidad son cinco pétalos y cinco sépalos–: diez de sus doce apóstoles, excluyendo a Judas que le vendió y después se ahorcó y a san Pedro que le negó y después lloró arrepentido.

La pasionaria florece en el trópico durante todo el año. Pero en países más fríos lo hace en verano y otoño, lo cual, desgraciadamente, impide poder contemplarla en vivo para meditar la Pasión en Semana Santa.

El acebo

Curiosamente, no sólo nos habla el acebo del día en que nació Jesús –como ya vimos anteriormente– sino también del día en que murió.

En efecto, en inglés se le llama *holy tree*, es decir, «árbol santo», pues recuerda mucho a la Pasión del Señor:

- La *blancura de su flor* simboliza la pureza del Hijo de Dios;
- las *espinas de sus hojas*, a las de la corona que colocaron en su cabeza;
- el *rojo de su fruto*, la de su sangre derramada en la Cruz;

- y su *longevidad* y la *perennidad de sus hojas*, su victoria sobre la muerte y su Resurrección.

LOS ÁRBOLES DEL PARAÍSO

Una de las experiencias que más le sobrecogen a don David es ver amanecer. Cada cierto tiempo se levanta muy de madrugada para subir a un monte cercano, y desde allá arriba divisa cómo la luz del sol poco a poco va iluminando La Corcera. En esos momentos le da la impresión de que contempla el Paraíso.

Cuánto habrá meditado don David los primeros capítulos del libro del Génesis. Le gustaría ser como Adán y Eva antes del pecado original, y caminar por La Corcera hablando tranquilamente con Dios. Pero sabe que no es del todo posible, pues él también es débil y pecador. Le duele pensar en todo aquello que le aleja de Dios o de las personas. Y se arrepiente de todo corazón.

Pero a menudo sueña con que en la otra vida, si Dios quiere, se paseará junto a Él en el Paraíso celestial y hablarán de muchas cosas. Así se lo prometió Jesús crucificado al ladrón arrepentido:

«Te aseguro que hoy estarás conmigo en el Paraíso» (Lc 23,43).

El Jardín del Edén

Ese Paraíso del que nos habla Jesús es la plenitud de aquel Paraíso Terrenal primigenio del comienzo de los tiempos, el Jardín del Edén (cf. Gn 2,4-3,20).

Sabemos que hasta hace relativamente poco, por lo general, los jardines eran también huertos. En ellos se cultivaban plantas hermosas, pero sobre todo hortalizas, frutales y plantas medicinales. Por eso en algunas biblias se dice que María Magdalena confundió a Jesús resucitado con un «jardinero» y en otras se habla de un «hortelano» (cf. Jn 20,15).

El origen de los jardines se remonta al Neolítico, hace unos 8.000 o 9000 años aproximadamente, cuando algunos pueblos nómadas comenzaron a asentarse y a crear la primera agricultura en Oriente Medio. Éstos construyeron los primeros poblados y pronto los rodearon de muros o empalizadas para protegerlos. Y entre las casas y el muro situaron los primeros jardines o huertos.

De hecho, el término «huerto» –que deriva del latín *hortus* y éste, a su vez, del griego *khórtos*– significaba en su origen «recinto» o «cercado». Y lo mismo ocurre con la palabra «paraíso», pues deriva del término persa *paridaeza* que hace referencia a un «muro circundante». Así llamaban los persas a sus jardines y de ahí proviene el término hebreo *pardés* y el griego *parádeisos* con los que se designa en la Biblia al Jardín del Edén –o Paraíso Terrenal–.

No es de extrañar que el término «paraíso» provenga del persa, pues la antigua Mesopotamia destacaba por la belleza de sus jardines. Los famosos jardines colgantes de Babilonia (siglo VI a.C.), considerados como una de las Siete Maravillas del mundo antiguo, nos muestran que en Mesopotamia el cultivo de bellos jardines era un arte desarrollado desde muy viejos tiempos. También destacaron los jardines egipcios, griegos y romanos.

Pues bien, aquellos antiguos jardines eran lugares de paz y belleza. En ellos se disfrutaba el frescor de los árboles y el aroma a tierra húmeda. Fuera, al otro lado del muro, estaba el enemigo, los bandidos, las fieras y los «seres malignos». Dentro se disfrutaba de la protección, la tranquilidad y el sosiego.

No hay duda de que en aquellos jardines nuestros antepasados tuvieron profundas experiencias de Dios, pues en ellos hallaban un ambiente muy propicio para abrirle su corazón. Por ello, cuando después de la división del reino de Israel (siglo X a.C.), los sabios hebreos decidieron describir cómo fue el origen del mundo, escribieron –inspirados por el Espíritu Santo– el pasaje del Jardín del Edén (cf. Gn 2-3), donde Adán y Eva conversan apaciblemente con Dios.

Esta bucólica imagen del jardín antiguo, que se nos presenta como un hermoso lugar protegido por un muro, para preservar del peligro su íntimo y plácido ambiente envuelto por suaves aromas, frescas fuentes, frutas sabrosas, bellas flores y melodiosos cantos de aves, lo vemos claramente en el *Cantar de los Cantares* cuando el amado le dice a su amada:

«Eres jardín cerrado, hermana y novia mía;
eres jardín cerrado, fuente sellada.

Tu lozanía son jardines de granados
con frutos exquisitos,
nardo, enebro y azafrán,
canela y cinamomo,
con árboles de incienso, mirra y áloe,
con los mejores bálsamos y aromas.
La fuente del jardín
es pozo de agua viva que baja desde el Líbano» (Can 4,12-15).

El autor de este texto inspirado nos habla del amor que Dios tiene hacia su amada –que puede ser el Pueblo de Israel, la Iglesia o nuestra alma– y toma como referencia los bellos jardines que ennoblecían las casas y ciudades de su época, hacia el siglo III a.C.

Los jardines que se conservan de la antigua *Al-Ándalus* (siglos VIII-XV) nos muestran que también para los musulmanes los jardines tienen una gran importancia religiosa. De hecho, intentan que éstos tengan los elementos más característicos del Jardín del Edén descrito en el Corán: fuentes, árboles, flores y fruta, con el fin de crear un ambiente espiritual propicio para el encuentro con Alá. Según el Corán:

«Quienes obedezcan a Alá y a su Enviado,
Él les introducirá en jardines
regados por aguas vivas,
en los que morarán eternamente» (s.4, a.13).

Hay en los Evangelios dos importantes encuentros con Dios que merece la pena ser contemplados en estrecha relación con el Jardín del Edén. El primero es la escena de la Anunciación, cuando el ángel Gabriel le comunica a María que ha sido elegida para ser la Madre de Dios. Fra Angelico (ca. 1390-1455), en *La Anunciación* que se expone en el Museo del Prado, pintó este pasaje situando a María en un soportal que se abre a un jardín en el que inserta la escena de la expulsión de Adán y Eva del Jardín del Edén, indicando así que si por medio de ellos entró el pecado, por medio de María llegó el Salvador.

El segundo pasaje es la aparición de Jesús resucitado a María Magdalena al lado de la tumba donde fue enterrado. San Juan sitúa la escena en un jardín –o huerto– con el objetivo, probablemente, de

contextualizar esta experiencia tan importante en un ambiente íntimo y acogedor. En el fondo, lo que este texto nos dice es que María Magdalena fue buscando el cuerpo muerto de Jesús metido en un oscuro sepulcro y lo que descubrió fue a Jesús resucitado en medio de un maravilloso jardín, a semejanza del Jardín del Edén, donde Adán y Eva hablaban cara a cara con Dios. Tras aquella experiencia, María Magdalena pasó a ser la primera predicadora de la Resurrección del Señor, pues fue inmediatamente a anunciar a los discípulos lo sucedido (cf. Jn 20,1-18).

Ciertamente, el jardín, con su paz y belleza, siempre ha sido –y será– un lugar privilegiado para comunicarnos con Dios. Por ello, los monasterios y los conventos suelen tener hermosos e íntimos jardines. Allí, alejados del ruido, las religiosas y los religiosos se pasean mientras meditan y oran, o se sientan tranquilamente a leer la Biblia, o charlan de corazón a corazón con un hermano, o contemplan a Dios por medio de la armonía y hermosura que les ofrece el jardín.

Son muchos los árboles que pudieron formar parte de aquel idílico Jardín del Edén. Pero hay cuatro que podemos considerar fundamentales pues sus frutos eran, junto a los cereales, la base de la alimentación de los antiguos hebreos: la palmera, el olivo, la vid y la higuera.

La palmera

Sabemos que la palmera datilera es un árbol básico en los jardines y oasis del norte de África y el Próximo Oriente. Los palmerales son la imagen más paradigmática de un remanso de paz y frescor en medio del desierto, donde el viajero puede beber y descansar.

Como antiguamente pasaba en Fenicia, en Palestina abundaban las palmeras datileras pues aportaban a sus habitantes muchos beneficios: sus hojas se utilizaban para hacer cestas y otros utensilios domésticos, sus frutos son nutritivos y sabrosos, como también lo es el jugo que se extrae de su tronco, el cual es muy útil para construir vallas, techos y balsas y, además, recordemos que la palmera es un bellissimo árbol de jardinería. Asimismo, la forma de sus palmas era

un motivo asiduamente empleado en capiteles y otros elementos decorativos.

El olivo

Cuando hablamos de huertos y de olivos la imaginación nos lleva al pasaje de la «oración del huerto de los olivos» donde Jesús ora ante su Padre antes de comenzar su Pasión (cf. Lc 22,39-46). Los olivos acompañaron a Jesús aquella noche de angustia en la que tuvo que aceptar la misteriosa voluntad de su Padre:

«Abba –Padre– todo te es posible: aleja de mí este cáliz, pero que no se haga mi voluntad, sino la tuya» (Mc 14,36).

Desgraciadamente aquellos olivos fueron con toda probabilidad destruidos por Tito Vespasiano durante su asedio a Jerusalén en el año 70. Ahora crecen otros de gran antigüedad que permiten a los peregrinos evocar aquel importante acontecimiento.

La vid

Como ya hemos dicho, la vid era un arbusto muy extendido por Palestina. En la Biblia es la planta más citada junto al olivo y la higuera. Curiosamente, su fruto era tan valorado, que a los viñedos se les protegía con un buen vallado e incluso se emplazaba en medio una torre para defenderlos de los robos. Así lo cuenta la parábola de los viñadores homicidas:

«Había un hacendado que plantó una viña, la rodeó con una cerca, cavó en ella un lagar, edificó una torre...» (Mt 21,33).

Esta parábola cobra todo su sentido cuando tenemos en cuenta que el pueblo de Israel era presentado como «la viña del Señor» (cf. Is 5,1-7; 16,7-10) o como la vid plantada por Dios. Así lo dice este salmo:

«Sacaste una vid de Egipto,
expulsaste a los gentiles, y la trasplantaste;
le preparaste el terreno
y echó raíces hasta llenar el país [...]
Dios de los ejércitos, vuélvete:

mira desde el cielo, fíjate,
ven a visitar tu viña,
la cepa que tu diestra plantó,
y que tu hiciste vigorosa» (Sal 79,9-10.15-16).

Esta parábola acaba de forma trágica: el hacendado (que representa a Dios) envía a la viña a su hijo (Jesús) para recoger los frutos, aunque los viñadores homicidas (los jefes del pueblo) deciden matarlo para quedarse con la herencia: pero sabemos que Jesucristo resucitó y entregó su viña a otros viñadores (los Apóstoles) para que le entreguen el fruto a su debido tiempo (cf. Mt 21,33-41). Y así, la Iglesia pasó a ser «la nueva viña del Señor».

La higuera

La vid guardaba una estrecha relación con la higuera. Sabemos que en Palestina se plantaban higueras dentro de los viñedos. Así lo muestra la parábola de la higuera estéril (cf. Lc 13,6-9). También era costumbre plantar este árbol junto a una parra, al lado de la casa, de tal forma que la parra trepaba sobre las ramas de la higuera dando una magnífica sombra en verano. Esta conjunción entre la parra y la higuera representaba para los antiguos hebreos la paz y el goce que dan los frutos de la tierra. De este modo lo expresa el profeta Miqueas hablando del final de los tiempos:

«No alzará la espada
nación contra nación
ni volverán a prepararse para la guerra,
sino que cada cual
se sentará bajo su parra y su higuera,
sin que nadie le inquiete» (Miq 4,3-4).

Ciertamente, el árbol del Paraíso por excelencia es la higuera, ya que aparece expresamente citado en la Biblia:

«Entonces se abrieron los ojos de Adán y Eva y descubrieron que estaban desnudos. Por eso se hicieron unos taparrabos, entretejiendo hojas de higuera.

Al oír la voz del Señor Dios que se paseaba por el jardín, a la hora en que sopla la brisa, se ocultaron de Él entre los árboles del jardín» (Gn 3,7-8).

Esta especie procede del Próximo Oriente. El sabor y la abundancia de sus frutos hicieron que su cultivo se extendiese por toda la cuenca mediterránea, lo que explica su gran importancia cultural y religiosa en esta zona. De hecho –como pasaba con la vid– la higuera simbolizaba la abundancia y la prosperidad.

Además, debido a su látex blanco parecido a la leche materna, la higuera es parte importante de algunos mitos creadores de culturas arcaicas. También aparece en el «paraíso celestial» de los antiguos egipcios, ya que pensaban que sus frutos sirveían para alimentar a los difuntos que lo habitan.

Entre los muchos textos bíblicos en los que aparece este árbol, podemos contemplar el encuentro de Jesús y Natanael:

«Vio Jesús que se acercaba Natanael y dijo de él: “Ahí tenéis a un israelita de verdad, en quien no hay engaño”.

Le dice Natanael: “¿De qué me conoces?”.

Le respondió Jesús: “Antes de que Felipe te llamara, cuando estabas debajo de la higuera, te vi”» (Jn 1,47-48).

A don David le gusta pensar que Natanael estaba rezando debajo de la higuera, como hace él a menudo sentado a los pies de apartados árboles, en lugares íntimos de La Corcera. En esos momentos se deja «elevar» por el árbol hacia lo alto, hacia el Cielo...

Para preparar las homilías o las catequesis, a don David le ayuda pasear por La Corcera mientras medita. Hay una escena evangélica que le costaba entender, pues en ella Jesús ordena secarse a una higuera con el fin de mostrar el poder de la fe. Dice así:

«Al día siguiente, cuando salieron de Betania, Jesús sintió hambre. Al divisar de lejos una higuera cubierta de hojas, se acercó para ver si encontraba algún fruto, pero no había más que hojas, porque no era la época de los higos. Dirigiéndose a la higuera, le dijo: “Que nadie más coma de tus frutos” [...]»

A la mañana siguiente, al pasar otra vez, vieron que la higuera se había secado de raíz. Pedro, acordándose, dijo a Jesús: “Maestro, la higuera que has maldecido se ha secado”.

Jesús le respondió: “Tened fe en Dios. Porque yo os aseguro que si alguien dice a esta montaña: ‘Retírate de ahí y arrójate al mar’, sin vacilar en su interior, sino creyendo que sucederá lo que dice, lo conseguirá”» (Mc 11,12-14. 20-23).

Los biblistas dicen que esa higuera representa al Templo de Jerusalén, pues no daba «frutos» y por eso Dios dejó que Tito Vespasiano lo destruyera en el año 70 (cf. Mc 13,1-2). Pero don David no entiende por qué Jesús sacrifica a una inocente higuera para mostrarlo. ¿Qué necesidad tenía para hacerlo? ¿Es que no podía haber revelado eso de un modo menos cruento? ¿Qué pena le daba esta inocente higuera!

Pero un día, estando don David preparando la homilía sobre esta lectura, le vino la luz y lo entendió todo. El sacrificio de esta higuera es, paradójicamente, un anticipo del sacrificio de Jesús en la Cruz:

- Si la higuera es inocente: Jesús infinitamente más.
- Si la muerte de la higuera tuvo una consecuencia benéfica, pues nos muestra el camino de la fe: Jesús, muriendo por amor en la Cruz, nos dio el mayor de los beneficios: nuestra salvación.
- Y si nos resulta difícil comprender por qué Jesús seca a la higuera: mucho más difícil es comprender por qué siendo Dios Padre todopoderoso y sabio, no encontró otro modo más cómodo y fácil para salvarnos que por medio del sacrificio de su único Hijo en el cruel patíbulo de la Cruz.

¡Qué duro y misterioso le resulta en ocasiones a don David seguir a Cristo! En momentos de crisis espiritual, cuando su vida está sumida en las tinieblas y contrariedades de la vida, a don David le saca a flote la simple «fe del carbonero», la de abrazarse confiadamente a la cruz que Dios le ha dado.

El sicómoro

Cuando un antiguo hebreo pensaba en el Jardín del Edén, sin duda que en él incluía al sicómoro, pues éste árbol abundaba en el cálido valle del Jordán. Y era todavía más común en el valle del Nilo, de tal forma que a Egipto, en tiempos del Antiguo Imperio, se le llamaba «la tierra de los sicómoros». Para los egipcios era un importante árbol sagrado y lo plantaban mucho en los cementerios.

El sicómoro pertenece al género de las higueras, y por consiguiente, guarda un cierto parecido con ellas. Pero soporta mal las heladas y su fruto es de peor calidad, cosa que no ocurre con su madera, que antiguamente era bastante apreciada, aunque no tanto como la del cedro.

Estos árboles son grandes y desarrollan unas fuertes ramas horizontales. Debido a la sombra que produce su frondosa copa, eran plantados en los caminos y calles de los pueblos y ciudades. Por ello es normal que cuando Jesús llegó a Jericó, ciudad riveriega del Jordán, un rico publicano llamado Zaqueo –que era de baja estatura– se subiese a la rama de un sicómoro para poder verle pasar rodeado por la multitud. Y estando Zaqueo subido al sicómoro, Jesús le dijo:

«Zaqueo, baja enseguida, porque hoy tengo que alojarme en tu casa» (Lc 19,5).

Y Jesús no sólo se hospedó en casa de Zaqueo, sino que, mejor aún, se hospedó en su corazón:

«Pues el Hijo del hombre ha venido a buscar y a salvar lo que estaba perdido» (Lc 19,10).

El manzano

Sabemos que todos los árboles del Paraíso tenían frutos comestibles, pues así lo dicen las Escrituras:

«El Señor Dios plantó un jardín en Edén, al oriente, y puso allí al hombre que había formado. Y el Señor Dios hizo brotar del suelo toda clase de árboles, que eran atrayentes para la vista y apetitosos para comer; hizo brotar el árbol de la vida en medio

del jardín, y el árbol del conocimiento del bien y del mal» (Gn 2,8-9).

Probablemente, el árbol más conocido del Paraíso es el manzano: el «árbol prohibido». Es muy elocuente la imagen de Eva tentada por la serpiente y ofreciendo a Adán una manzana mordida. Pero es también sabido que el manzano no aparece en el texto bíblico, sino que simplemente se habla del «árbol del conocimiento del bien y del mal»:

«El Señor Dios tomó al hombre y lo puso en el Jardín del Edén para que lo cultivara y lo cuidara. Y le dio esta orden: “Puedes comer de todos los árboles que hay en el jardín, exceptuando únicamente el árbol del conocimiento del bien y del mal. De él no deberás comer, porque el día que lo hagas quedarás sujeto a la muerte”» (Gn 2,15-17).

Son varios los motivos que se barajan para explicar por qué se identifica popularmente al árbol prohibido con el manzano. El motivo más lógico es que quizás se produjo un error interpretativo, pues en algunas antiguas Biblias latinas cuando se habla de la fruta que comieron Adán y Eva (cf. Gn 3,6), en lugar de *fructus* –como aparece en la Biblia Vulgata–, se la llama *pomum* refiriéndose a una fruta en general. Y, más tarde, dicho término se tradujo a algunas lenguas vernáculas como *poma* o *pomme*, pero para referirse exclusivamente a la «manzana».

Además, el sustantivo «manzano» en latín es *malus, mali*, y el adjetivo «mal» es *malus, mala, malum*, de tal forma que *arbor mali*, es decir, «árbol del mal», puede ser también traducido como «árbol de la manzana» o «manzano».

Por otra parte, se sabe que entre los celtas y otros pueblos antiguos existía la creencia de que el «ciervo blanco de la sabiduría» se escondía en el manzano silvestre, identificándose así con el «árbol del conocimiento del bien y del mal» del Paraíso. Y también nos encontramos con que en el mito griego de las Hespérides, un dragón vigila el árbol de las manzanas de oro, a semejanza de la serpiente que aguarda junto al árbol prohibido.

Independientemente de su relación con el Paraíso, el manzano es uno de los frutales más importantes de Europa y el Próximo Oriente desde muy antiguo, y ha sido el árbol más común de los jardines desde el Neolítico. Ello explica que, como acabamos de ver, en algunas lenguas a la manzana se la llame *pomme* o *poma* que, obviamente, derivan del término *pomum* –es decir, «fruta»– pues la manzana era la fruta por antonomasia.

El árbol de la Cruz

En el Evangelio, la Cruz es símbolo del amor desinteresado, un amor que Jesús nos dio hasta derramar la última gota (cf. Jn 19,34). La Iglesia hace memoria de este hecho el Viernes Santo. Curiosamente, en la celebración de los Oficios de este día, en el momento de la adoración de la Cruz, el que la porta invita a la asamblea a contemplarla con este canto:

«Mirad el árbol de la Cruz
donde estuvo clavada la salvación del mundo».

Y la asamblea responde:

«Venid a adorarlo».

Asimismo, en algunas iglesias encontramos crucifijos en los que la Cruz se asemeja a un árbol cuyas ramas han sido cortadas. Pues bien, paradójicamente, esta versión arbórea de la Cruz hace referencia al Jardín del Edén. Desde muy antiguo los Padres de la Iglesia han considerado que el «árbol de la vida» del que nos habla el Génesis (cf. Gn 2,9) es la Cruz en la que murió Jesucristo. Fray Luis de Granada (1504-1589) lo ve totalmente lógico:

«Convenía también que dado que un árbol fue la causa de todo nuestro daño, otro lo fuese de nuestro remedio; y que el demonio que por un árbol venciera, por otro fuese vencido» (*Obras*, FUE, XIII/318).

Y dice más adelante: «...entendemos ser la Cruz de Cristo el árbol de la vida que puso Dios en medio del paraíso de su Iglesia, el cual tiene ramas altas y bajas, para que así los bajos

como los altos puedan aprovecharse y gozar de los frutos de él» (Ibid., 341).

Y el principal de sus frutos lo conocemos bien: nuestra redención. Jesús nos amó hasta el extremo para salvarnos y reservarnos una plaza en la morada de su Padre (cf. Jn 14,3), donde reina la felicidad plena y eterna.

Jesús, clavado a la Cruz, totalmente desnudo y a la vista de todos, con el cuerpo maltratado pero con el corazón lleno de compasión, nos muestra en toda su pureza el mensaje central del Evangelio: el mandamiento del amor, que no consiste sólo en desear el bien a los demás, sino también en hacer lo necesario para que así sea, empleando nuestra vida para que los que nos rodean sean felices.

Durante la Última Cena, unas horas antes de comenzar la Pasión, decía Jesús a sus discípulos:

«Os doy un mandamiento nuevo: amaos los unos a los otros. Como yo os he amado, así también amaos los unos a los otros. Por el amor que os tengáis los unos a los otros reconocerán todos que sois discípulos míos» (Jn 13,34-35).

Viviendo el mandamiento del amor, el Reino de Dios se hace ya presente en nuestra vida como anticipo de su venidera plenitud al final de los tiempos.

EL REINO DE DIOS

La mostaza

«También decía Jesús: “¿Con qué podríamos comparar el Reino de Dios? ¿Qué parábola nos servirá para representarlo? Se parece a un grano de mostaza. Cuando se la siembra, es la más pequeña de todas las semillas de la tierra, pero, una vez sembrada, crece y llega a ser la más grande de todas las hortalizas, y extiende tanto sus ramas que los pájaros del cielo se cobijan a su sombra”» (Mc 4,30-32).

En este pasaje de san Marcos todo apunta a que Jesús hace referencia a la mostaza negra (*Brassica nigra*), pues se trata de una hortaliza que puede superar los dos metros de altura, de la familia de las coles y parecida a la berza, cuyas numerosas semillas tienen un diámetro aproximado de un milímetro. Era conocida en Palestina por lo menos desde el siglo IV a.C. y con ella se hacía una salsa para condimentar las comidas, mezclando sus diminutas semillas machacadas con zumo de uva sin fermentar, es decir, con mosto, de ahí su nombre: «mostaza».

Como dice san Marcos, debajo de la planta de la mostaza, en el suelo, los pájaros pueden refugiarse. Pero la versión más conocida de la parábola de la mostaza es la de san Lucas, que no habla de una hortaliza sino de un árbol en cuyas ramas los pájaros hacen sus nidos:

«Decía, pues, Jesús: “¿A qué es semejante el Reino de Dios? ¿A qué lo compararé? Es semejante a un grano de mostaza, que tomó un hombre y lo puso en su jardín, y creció hasta hacerse un árbol, y las aves del cielo anidaron en sus ramas”» (Lc 13,18-19).

La versión de san Mateo (cf. Mt 13,31-32) es intermedia entre la de san Marcos y san Lucas. San Marcos plasma fielmente las palabras de Jesús, que conocía perfectamente la mostaza, pues era una persona de campo. Sin embargo, san Mateo y san Lucas exageraron las proporciones con el fin de mostrar claramente el mensaje que Jesús quería comunicar: que el Reino de Dios tiene una admirable

capacidad de crecimiento. Recordemos la parábola del sembrador (cf. Mc 4,1-20), la cual nos transmite este mensaje: si la «tierra» es fértil, de la semilla del Evangelio que Jesús siembra en nuestro corazón crecerá el Reino de Dios, y en él podremos anidar y tener nuestro hogar.

Hay otro dato a tener en cuenta en este pasaje: cuando Jesús habla del Reino de Dios, en lugar de desarrollar una gran teología, se limita a compararlo con la más grande de las hortalizas, la mostaza, que paradójicamente brota de una humilde y minúscula semilla. Es decir, Jesús nos anima simplemente a contemplar una planta de mostaza y su semilla para comprender que el Reino de Dios –que es lo más grande– brota de la pequeñez y la humildad.

En otra ocasión, para mostrar con gran sencillez la importancia de la fe, dijo Jesús a sus discípulos:

«Os aseguro que si tuvieseis fe del tamaño de un grano de mostaza, diríais a esta montaña: “Trasládate de aquí a allá”, y la montaña se trasladaría; y nada sería imposible para vosotros» (Mt 17,20).

Como vemos, a Jesús le gusta invitarnos a contemplar la naturaleza para que comprendamos fácilmente su mensaje. Quizás el ejemplo más claro sea un conocido pasaje evangélico en el que Jesús nos dice lo siguiente:

«Por eso os digo: No os inquietéis por vuestra vida, pensando qué vais a comer, ni por vuestro cuerpo, pensando con qué os vais a vestir. ¿No vale acaso más la vida que la comida y el cuerpo más que el vestido?

Mirad los pájaros del cielo: ellos no siembran ni cosechan, ni acumulan en graneros, y sin embargo, el Padre que está en el cielo los alimenta. ¿No valéis vosotros acaso más que ellos?

¿Quién de vosotros, por mucho que se inquiete, puede añadir un solo instante al tiempo de su vida?

¿Y por qué os inquietáis por el vestido? Mirad los lirios del campo, cómo van creciendo sin fatigarse ni tejer. Yo os aseguro que ni Salomón, en el esplendor de su gloria, se vistió como uno de ellos. Si Dios viste así la hierba de los campos,

que hoy existe y mañana será echada al fuego, ¡cuánto más hará por vosotros, hombres de poca fe!» (Mt 6,25-30).

Jesús habla de un modo así de natural para mostrarnos que el Reino de Dios ya está entre nosotros, aquí y ahora (cf. Lc 17,21). No es extraño ni lejano. Algo así decía santa Teresa de Jesús (1515-1582) a sus hermanas:

«...entre pucheros anda el Señor, ayudándoos en lo interior y lo exterior» (*Fundaciones*, 5, 8).

LA MUERTE, EL RENACER Y LA ETERNIDAD

Al poco de establecerse en la casa de La Corcera, don David cogió la costumbre de guardar las semillas de la fruta que come, para después sembrarlas en otoño. Cuando ve que las hojas de los árboles comienzan a amarillear, sale al bosque con su saco de semillas y una larga barra metálica acabada en punta. Para sembrarlas escoge generalmente los lindes de los caminos y los grandes claros entre los árboles. Cuando ha encontrado un buen lugar, comienza a hacer esta operación: cada dos o tres metros hace un pequeño agujero clavando con fuerza la barra en el suelo, a continuación introduce en él una semilla y por último lo tapa con cuidado, arrojando tierra con el pie.

Llegada la primavera, muchas de estas semillas no llegan a germinar, o son comidas por algún animal al poco de hacerlo. Pero hay una pequeña proporción que sobrevive. Y así, con el lento transcurrir de los años don David ha visto germinar, crecer, florecer y fructificar los árboles que él ha sembrado. Son la herencia que quiere dejar a La Corcera y a todos aquellos que disfrutaban de ella.

EL MISTERIO DEL OTOÑO Y DE LA MUERTE

El canto de los pájaros siempre le ha fascinado a don David. Cómo disfruta de los conciertos que ofrecen los jilgueros, los ruiseñores y otros pájaros en las arboledas a la vera del río. Pero sobre todo le gusta escuchar el melancólico canto de los mirlos, pues –por algún motivo que él desconoce– toca lo más hondo de su sensibilidad.

Entre finales del invierno y principios de la primavera, don David se levantaba a veces al amanecer para oír cantar a los mirlos. Le gustaba ir a un estrecho y profundo cañón cuyas rocosas y peladas paredes amplifican su eco. Pero ahora que sus fuerzas escasean, don David se conforma con escuchar su canto mientras está acostado en la cama, antes de levantarse por la mañana.

El castaño

Por un motivo u otro, para bien o para mal, el sentimiento triste y melancólico está muy presente en la vida del ser humano.

La época que más le gusta a don David es el otoño, porque es una estación dulce y sentimental, cargada de misterio. Desde mediados de octubre, ya bien entrado el otoño, la casa de don David huele maravillosamente a castañas asadas. La llegada del frío, las lluvias y la oscuridad mete a la gente en sus hogares. Mientras fuera está diluviando, don David disfruta con sus amigos parroquianos al calor de la lumbre jugando a las cartas o al dominó, y contando viejas anécdotas de tiempos pasados, mientras comen castañas asadas y beben alguna infusión o una sidra.

En esta época las hojas de los castaños adquieren preciosas tonalidades. También las de los chopos y los sauces. Los ocre y amarillos otoñales son colores cálidos que invitan al recogimiento interior. El otoño es una estación muy entrañable en la que, en cierto modo, la naturaleza muere y se queda expectante hasta la primavera, hasta la resurrección. En efecto, pasear por el monte en un plácido día otoñal puede ser un magnífico retiro espiritual.

El tejo

En lo más recóndito del hayedo de La Corcera, en una zona que se ha mantenido al margen de la acción humana debido a su difícil acceso, hay un gran tejo. Se libró milagrosamente de ser talado hace siglos, cuando los reyes y señores feudales mandaron cortar todos los tejos para hacer arcos para sus ejércitos. Ahora quedan pocos tejos, aunque lentamente se van repoblando de forma natural.

Las hojas del tejo son muy oscuras. Aguantan muy bien la sombra. Por ello forman copas muy compactas que llegan hasta el suelo y que apenas dejan pasar la luz. Los tejos que han conservado su porte natural son como una gran semiesfera casi negra que absorbe la luz.

Don David visita de vez en cuando este gran tejo que crece en medio del silencioso hayedo de La Corcera. Tiene el aspecto de una

oscura masa de hojas, de unos quince metros de diámetro. Nuestro anciano sacerdote disfruta al contemplarlo desde fuera, por su belleza. Pero sobre todo le gusta meterse dentro de él y sentarse a orar. Siente que está en otro mundo. En medio de la oscuridad de su frondosa copa, don David percibe un misterio casi sobrenatural. Aquel tejo es como una especie de capilla arbórea que invita al recogimiento.

Lo más característico de los tejos es que son enteramente venenosos, salvo la parte carnosa de sus frutos. Por ello, los antiguos cántabros obtenían de él medicamentos y sobre todo veneno para sus flechas. También ingerían sus hojas para suicidarse antes de ser esclavizados por otros pueblos o, cuando eran muy ancianos, para evitar que su débil salud perjudicase a sus familiares.

Los romanos llamaban al tejo el «árbol de la muerte» y lo consideraban un árbol peligroso, por lo que evitaban que se propagase demasiado. Sin embargo, los pueblos celtas le rendían culto, sobre todo en la noche del 31 de octubre al 1 de noviembre, cuando celebraban la fiesta de *Samhain*. En el noroeste de la península ibérica se la llama *Samáin*. Esta fiesta era considerada el «año nuevo celta» pues celebraba el fin de la época de cosechas y la llegada del invierno –la estación oscura–. De hecho, en gaélico *Samhain* significa «fin del verano». Además, los celtas reverenciaban en esta fiesta a sus ancestros –es decir, a sus muertos– y pensaban que sus almas les visitaban en el transcurso de la celebración.

El hecho de que la Iglesia Católica emplazase en el siglo IX la fiesta de Todos los Santos el 1 de noviembre, tiene como probable motivo el cristianizar el *Samhain* celta. El término «Todos los Santos» derivó en lengua inglesa al de *Halloween*. Y así, aquella antigua fiesta pagana de *Samhain* –que nunca llegó a perderse del todo entre los descendientes de los celtas– pasó a transformarse en Estados Unidos en la conocida «noche de Halloween», fruto de la influencia de los emigrantes irlandeses del siglo XIX y comienzos del XX.

LOS CEMENTERIOS

El cementerio es uno de los ámbitos donde los árboles más resaltan por su simbolismo. En él no se planta cualquier tipo de árbol, sino sólo aquel que ayude a comprender y asumir la muerte. Se evita plantar especies que den hermosas flores, pues su jovialidad no encaja con el dolor por los seres difuntos, sino que se prefieren árboles sobrios y de hoja perenne, siempre verdes, que nos hablen de la persistencia de la vida tras este mundo.

El ciprés

Desde muy antiguo, el árbol por antonomasia de los cementerios es el ciprés. Es originario de la región oriental del Mediterráneo. De ahí los romanos lo extendieron por todo su Imperio por motivos decorativos y funerarios, aunque los plantaron sobre todo en los linderos de las fincas, pues no sólo marcaban muy bien sus límites, sino que también las protegían de los vientos. Seguramente la isla de Chipre tenga este nombre debido a la abundancia de cipreses que hay en ella.

El ciprés tiene varias características que le hacen idóneo para los cementerios: su color oscuro, sus hojas perennes, su longevidad, su aromático olor, la incorruptibilidad de su madera y, sobre todo, claro está, su forma en punta de flecha dirigida hacia el firmamento, allá donde antiguamente se pensaba que ascendían físicamente las almas.

En efecto, el modelo geocéntrico de Aristóteles y Ptolomeo, que también aparece en la Biblia, según el cual la tierra es el centro del universo y los astros giran en torno a ella, ha sido considerado como válido hasta el siglo XVII. Y entre el pueblo llano ha persistido bastante más tiempo. Este modelo hacía pensar que sobre el firmamento se situaba el Cielo eterno, donde habita Dios y la corte celestial. Es lo que se reproduce en las iglesias románicas, en las que encontramos a Cristo Pantocrátor, sentado en su trono en lo alto, dirigiendo y cuidando el universo.

Por eso no es de extrañar que muchos pensaran que las almas ascendían físicamente al Cielo atravesando antes el firmamento.

Además, los relatos de la Ascensión parecen apoyar esta teoría. Así lo narra san Marcos:

«Después de hablarles, el Señor Jesús fue elevado al cielo y se sentó a la derecha del Padre» (Mc 16,19).

Pero la doctrina de la Iglesia ha dejado claro que el Cielo no es un lugar físico sino una dimensión en la que reinan eternamente en plenitud los valores evangélicos, como el amor, la paz o la felicidad. Ahí estamos llamados a vivir tras la muerte. Pues bien, aunque ahora sabemos que la tierra es un planeta más, dentro de un inmenso universo, la forma del ciprés sigue hablándonos de ese ascenso hacia Dios y su morada celestial. No de un ascenso físico, sino espiritual.

Hay otros árboles que por su parecido al ciprés también son plantados en cementerios. Por ejemplo, encontramos enebros y sabinas en muchos cementerios rurales de España.

Prácticamente por los mismos motivos que el ciprés es plantado en cementerios, también es plantado en monasterios y conventos, donde las comunidades religiosas intentan vivir un anticipo del Reino de los Cielos. Y es que, en cierto modo, el ciprés nos mueve a elevarnos interiormente hacia la fuente de toda felicidad: Dios.

El ciprés más famoso de España es el del claustro románico del monasterio benedictino de Santo Domingo de Silos (Burgos). Inspirándose en él, Gerardo Diego escribió este conocido poema:

«Enhiesto surtidor de sombra y sueño
que acongojas el cielo con tu lanza.
Chorro que a las estrellas casi alcanza
devanado a sí mismo en loco empeño.

Mástil de soledad, prodigio isleño,
flecha de fe, saeta de esperanza.
Hoy llegó a ti, riberas del Arlanza,
peregrina al azar, mi alma sin dueño.

Cuando te vi señero, dulce, firme,
qué ansiedades sentí de diluirme

y ascender como tú, vuelto en cristales,

como tú, negra torre de arduos fillos,
ejemplo de delirios verticales,
mudo ciprés en el fervor de Silos».

El tejo

Donde la humedad no permite plantar cipreses, estos son reemplazados en los cementerios por los tejos, dado su color oscuro, sus hojas perennes y su gran longevidad. De hecho, los árboles más viejos de España son tejos que superan los 2000 años. Además, una antigua creencia afirma que el tejo absorbe el mal olor de los muertos. Y es probable que también haya influido para plantarlos en los cementerios, el estrecho vínculo que existe entre el tejo y la muerte, que hemos visto anteriormente.

En Cantabria y Asturias hay una vieja costumbre de plantar tejos a lado de las iglesias. Quizás ello se deba a que, generalmente, se emplazaban junto a ellas los cementerios y en éstos se plantaban tejos, por lo que pasó a ser habitual plantar tejos en el contorno de las iglesias, aunque no hubiera cementerio. Pero es también posible que esta costumbre tenga un origen pagano, de cuando el tejo era considerado un árbol sagrado. Pero esto no se sabe con certeza.

El sauce llorón

Otro árbol muy apropiado para los cementerios, sobre todo para los más amplios y espaciosos, es el sauce llorón.

Aunque es de hoja caduca, su porte invernal, sin hojas, sigue siendo lánguido y abatido. Ciertamente, con sus abundantes y finas ramas que cuelgan hasta el suelo, éste árbol acompaña nuestra tristeza ante la muerte de un ser querido.

De hecho, su nombre científico: *Salix babylonica*, hace referencia al salmo 136, en el que se nos habla de la tristeza y desolación de los hebreos deportados por Nabucodonosor a Babilonia (siglo VI a.C.):

«Junto a los canales de Babilonia
nos sentamos a llorar con nostalgia de Sion;

en los sauces de sus orillas
colgábamos nuestras cítaras» (Sal 136,1-2).

LA PRIMAVERA Y EL RENACER A LA VIDA

Cuando allá por marzo o abril el bosque de La Corcera está aún sumido en la quietud del invierno, los cerezos, los ciruelos y los endrinos se llenan de flores blancas y alegres. Llama la atención contemplar la armonía que guardan con las blancas cumbres nevadas que circundan el valle.

En ese momento don David sabe que lo peor del invierno ya ha pasado. Vendrán más fríos, y nevará, pero no como en pleno invierno. A partir de ahora serán cada vez más habituales los días templados y soleados. Poco a poco el bosque se irá despertando y cubriendo de hojas. Y los insectos volverán a hacerse los dueños de tierra y aire.

Don David se queda atónito contemplando las primeras flores. Le parece increíble cómo renace la naturaleza cada año. En enero todo parece muerto... ¡y en mayo está lleno de vida! Casi sin darse cuenta, su corazón se llena de esperanza.

No es por casualidad que la celebración de la Pascua de Resurrección se celebre en plena primavera y también se llame «Pascua Florida».

El almendro

Hay varios árboles que simbolizan el renacer y la resurrección. En el apartado dedicado al Domingo de Ramos ya hemos hablado sobre la palmera. Pero, sin lugar a dudas, el árbol más emblemático en este sentido es el almendro, que es del mismo género que los cerezos, ciruelos y endrinos.

La mitología griega habla de él en relación a la potencia procreadora y al renacimiento de la vida. Entre los antiguos hebreos se le llegó a identificar con el «árbol de la vida» que Dios hizo brotar en medio del Paraíso Terrenal (cf. Gn 2,9). Su nombre proviene del

sirio *ah-mygdala*, que significa «árbol hermoso», lo cual no es de extrañar, sobre todo en primavera, repleto de flores.

Se cree que este árbol es original de Asia Central, concretamente de Afganistán y Turquestán. Tras ser plantado en China y la India en el siglo X a.C., su cultivo llegó a Grecia en el siglo V a.C., y el Imperio Romano lo difundió a partir del siglo II a.C. Aunque es un árbol propio de clima templado, llegó al centro de Europa en tiempos del Imperio Carolingio, en el siglo IX. Dada su gran importancia económica y cultural, se le considera, junto a la higuera, al olivo y al castaño, un «árbol de civilización».

El abedul

En el norte de Europa el abedul es visto como «el portador de la vida». En aquellas extremas latitudes, en medio de los inmensos bosques de coníferas que forman la taiga, los brotes primaverales del abedul indican el renacer de la naturaleza, el comienzo de un nuevo ciclo anual, con sus cuatro estaciones.

Y gracias a su gran capacidad colonizadora, el abedul también simboliza la reaparición de la vida. En efecto, este árbol no vive mucho, sólo unos cincuenta años, pero crece fácilmente en terrenos desarbolados, creando así el hábitat apropiado para que otras especies más longevas, como los robles y las hayas, se asienten detrás de ellos. El abedul es de esos árboles pioneros que devuelven al bosque a su estado original tras un incendio u otra catástrofe natural.

Contemplar el poder regenerador de la creación nos llena de alegría y esperanza. No importa qué daño haya ocurrido, antes o después siempre vuelve la vida, siempre que el ser humano no se empeñe en lo contrario.

LA ETERNIDAD

Cuando don David pasa el día en La Corcera, le gusta dedicar un buen rato a orar en silencio. Busca un lugar retirado, se sienta y, como María, la hermana de Marta (cf. Lc 10,39), se limita a «escuchar» a Jesús en lo más profundo de su corazón. Sin decir nada, sin prestar

atención a nada, sin pensar en nada. Solamente «sintiendo» la tierna y cálida presencia de su Amado en el íntimo silencio de su interior. Puede estar así una hora sin darse cuenta, y a veces más. No hay ninguna prisa. El bosque le aguarda pacientemente. Cuando don David ora en silencio, no vale la hora del reloj. Se introduce en el tiempo espiritual, en la eternidad.

Desde su aparición en la tierra, el ser humano ha intuido que existe otra vida tras la muerte, que el tiempo no se reduce a lo cronológico, sino que muy por encima de él está la eternidad. Las personas han encontrado en la naturaleza rastros de esa existencia supratemporal.

Hay varios árboles y arbustos que han simbolizado la eternidad.

El boj

Los libros de botánica nos dicen que el boj es un arbusto muy extendido. Lo encontramos en el centro y sur de Europa, en el norte de África y por el este llega hasta el Himalaya. Desde antiguo ha sido empleado para formar setos y bordes de arriates, y para hacer con él formas escultóricas vegetales. Su madera es dura, densa y se labra y se pule muy bien, lo cual permite hacer con ella pequeños objetos como botones y figuras de ajedrez.

Cuando hay varios boj cercanos formando grupo, éste arbusto produce un olor muy característico que se hace notar sobre todo en los jardines cerrados y resguardados del viento. Por eso se ha convertido en un olor típico de los claustros de los conventos, donde es normal encontrarlos formando setos.

En la mitología griega, debido a su lento crecimiento, su gran longevidad y sus hojas perennes, ha simbolizado la eternidad y la constancia de la esencia de la realidad frente al cambiante transcurrir de los acontecimientos.

La hiedra

Como pasa con el boj, la hiedra también está muy extendida por Europa, el norte de África y Asia, y se usa mucho en jardinería. Pero

salvo eso, ambos arbustos son muy diferentes ya que, como es bien sabido, la hiedra es la más popular de las enredaderas. Gracias a las raíces que producen sus ramas para agarrarse a su huésped y extraer de él agua y nutrientes, la hiedra también se emplea para sostener y consolidar taludes de tierra.

En Egipto, Grecia y Roma simbolizaba la inmortalidad, pues apenas cambia su aspecto durante el año: no pierde las hojas y no tiene flores ni frutos especialmente llamativos. Una casa o un muro cubiertos de hiedra conservan su verdor todo el año. Es como si por ellos no pasasen las estaciones, como si permaneciesen en la perennidad.

El muérdago

Debido a que es una planta parásita que crece en las ramas de algunos árboles, podemos considerar al muérdago como un tipo especial de vegetal. A los celtas les llamaba mucho la atención en invierno, porque gracias a sus hojas perennes forman unas bolas verdes que resaltan mucho en las ramas desnudas del roble. Así, si éste simbolizaba lo temporal, el muérdago lo intemporal.

Además, el muérdago, sobre todo el que crece en los robles, pasó a tener un gran valor mágico para los sacerdotes celtas –los druidas–, los cuales debían cumplir unos requisitos muy estrictos para recolectarlo.

El cedro

Hay dos motivos por los que el mítico cedro nos habla de la eternidad. Por una parte, su aromática e incorruptible madera se utilizaba para hacer ataúdes. Prueba de su durabilidad y uso funerario, es que en la pirámide de Keops (2700 a.C.) se ha encontrado una barca de 40 metros de largo hecha con madera de este árbol. El otro motivo es su resina, que en Egipto se usaba para embalsamar. Más tarde otros pueblos hicieron lo mismo.

En efecto, los árboles no se equivocan: estamos llamados a la eternidad. Sabemos que Dios es eterno. Así lo dice el salmo:

«Señor, tú has sido nuestro refugio

de generación en generación.
Antes que naciesen los montes
o fuera engendrado el orbe de la tierra,
desde siempre y por siempre tú eres Dios.
Tú reduces el hombre a polvo,
diciendo: "Retornad, hijos de Adán".
Mil años en tu presencia
son un ayer que pasó,
una vela nocturna» (Sal 89,1-4).

LOS «ÁRBOLES ERMITAÑOS»

En sus tiempos de párroco, don David disfrutaba enormemente trabajando con sus parroquianos en equipo, o «en comunidad», como le gustaba decir. Lo hacían, por ejemplo, para preparar la Misa del santo patrón o los Oficios de Semana Santa. Ahí don David era muy feliz y veía que sus parroquianos también lo eran, por eso les decía: «Veis, a eso se refiere el Señor cuando nos dice que el Reino de Dios está entre nosotros (cf. Lc 17,21), ¿no os dais cuenta de lo a gusto que estamos, de lo mucho que disfrutamos colaborando todos juntos?».

Don David ama vivir junto a sus parroquianos, pero también ama la soledad, pues asimismo en ella él vive el Reino de Dios. En sus ya muy lejanos tiempos de seminario aprendió el valor espiritual de la soledad. Don Eulalio, el director espiritual, insistía mucho a los seminaristas diciéndoles que el buen sacerdote necesita amar a Dios en la intimidad de la soledad. Aquello se le quedó muy grabado a don David y siempre buscó momentos para estar a solas con Dios.

Y reconoce con agradecimiento que en sus más duros momentos de crisis, fue Dios el que se lo llevó a la soledad, y allí, en la mayor de las intimidades, le supo enamorar hablándole tiernamente al corazón (cf. Os 2,16).

Hay un personaje de la Iglesia que siempre le ha fascinado a don David: san Antonio Abad (ca. 251-356), un monje ermitaño que dedicó su vida a buscar a Dios en la naturaleza, en pleno desierto de Egipto. No en vano es el patrono de los animales. En aquella soledad, enfrentándose a sus «demonios interiores» con la ayuda del Espíritu Santo, este ermitaño llegó a ser mejor persona y, lo más importante, ayudó a otras muchas a serlo también. Su vida la plasmó san Atanasio de Alejandría (296-373) y, así, este santo pasó a ser un gran modelo de la vida religiosa durante muchos siglos.

De todas formas, no hay que irse hasta el antiguo desierto egipcio para encontrar ermitaños. Sabemos que en España abundaron durante la Edad Media. De hecho, hay varios escritos que hablan de un pequeño grupo de ermitaños que tras la Reconquista se estableció en una apartada zona de La Corcera, cerca de donde nace el río. No

vivían en comunidad sino separadamente, cada uno en una cueva o en una pequeña choza y se reunían únicamente los domingos para celebrar juntos la Eucaristía en una iglesia rupestre que ellos mismos cavaron en la roca. Se alimentaban de los frutos del bosque, de la comida que les regalaban los lugareños y de lo que obtenían canjeando cestas que ellos mismos confeccionaban con finas ramas de sauce. En tiempos en los que no hubo párroco, los ermitaños fueron el gran sostén religioso para los habitantes de aquella comarca.

Este tipo de vida tan dura fue siendo reemplazada poco a poco por la que ofrecen las órdenes monásticas, que se basa en una sana fraternidad comunitaria. El último ermitaño de La Corcera vivió en el siglo XVII. Tras su muerte, algunos vecinos de la comarca quisieron rehabilitar la iglesia rupestre, pero no llegó a convertirse en un lugar de peregrinación porque la comarca ya tenía uno: la ermita de la Virgen de La Corcera. En la actualidad se pueden visitar las antiguas cuevas de los ermitaños. Y de vez en cuando vienen investigadores a estudiarlo.

El arce y el serbal

A don David, los arces y los serbales le recuerdan mucho a aquellos antiguos ermitaños. También estos árboles viven en soledad en medio del bosque sin formar «comunidad». Aunque a veces puedan vivir cerca unos de otros, no forman bosques de su especie, al menos en la zona donde vive don David. De hecho no sabe cómo habría que llamar a un bosque de servales o de arces.

A los arces se les distingue muy bien en otoño en medio de los robles, cuando sus hojas se tornan de un amarillo precioso. Los servales destacan sobre todo en primavera, cuando se llenan de olorosas flores, y en otoño, cuando éstas se han transformado en racimos de frutos anaranjados. Estos árboles solitarios rompen la monotonía del bosque con su especial belleza. Algo así pasaba con los antiguos ermitaños, que deslumbraban dentro de la Iglesia por su santidad de vida.

Don David cada vez se siente más «arce», más «serbal». Siempre ha disfrutado hablando con otras personas, pero desde que dejó su cargo de párroco, algo le empuja interiormente a buscar la soledad en

el bosque. Por eso aprovecha que aún tiene tiempo y fuerzas para adentrarse siempre que puede en La Corcera y darse largas caminatas por escondidos senderos que pasan junto a pequeñas lagunas y riachuelos, que atraviesan verdes pastizales o que suben a altas cornisas desde las que se descubre un asombroso paisaje. Don David entiende muy bien por qué Jesús buscaba también la soledad de la montaña para orar a su amado Padre (cf. Lc 6,12; Mc 6,46).

Dentro de la espesura, en medio de la intimidad que le ofrece lo profundo del bosque, don David siente interiormente que su identidad se desvanece. Su ego entonces se acalla y quien se hace presente en su alma es Dios. Este anonadamiento interior le abre a una experiencia de amor sin igual. Se siente como si pasease por el Paraíso.

En esos momentos, con el corazón encendido de amor, se acuerda mucho de su madre, de sus antiguos feligreses y de otros sacerdotes, la mayoría ya fallecidos. Y reza a Dios con todas sus fuerzas por el bien del mundo, por la paz, por la concordia entre las gentes. Y también le pide que no le prive nunca de poder caminar libremente por La Corcera. Pero sobre todo busca el amor de Dios, como dice aquel salmo que tanto le gusta:

«Como busca la cierva corrientes de agua,
así mi alma te busca a ti, Dios mío;
tiene sed de Dios, del Dios vivo:
¿cuándo entraré a ver el rostro de Dios?» (Sal 41,2-3).

Don Antonio, el obispo, le ha dicho varias veces que es una temeridad pasear sólo por el bosque, y más con su avanzada edad. Pero don David siempre le quita importancia al asunto. Él mismo es muy consciente de que le queda poco de vida, que está a un paso de la eternidad. Por eso cada vez relativiza más las cosas. Ha perdido todo afán de poseer. A penas le queda nada. La casa donde vive es de la diócesis. Y desde hace años, en vez de seguir acumulando cosas, las ha ido regalando. Todas sus pertenencias caben en dos cajas de cartón. Poco le importa ya lo que le pueda suceder paseando por La Corcera, pues se siente arropado por las manos de Dios.

No tener casi nada y no temer a la muerte le dan una gran libertad interior. Don David sabe que está en esta vida de paso, de camino. Y que le esperan en la morada del Padre (cf. Jn 14,1-3).

LA VIRGEN MARÍA

Por la acción del Espíritu Santo, nuestro Salvador vino al mundo, a la naturaleza, por medio de la Virgen María, como rezamos en el tercer misterio gozoso del Rosario. Y tras su Asunción al Reino de los Cielos, ella ha sido coronada por Dios como Reina de cielo y tierra, como rezamos en el quinto misterio glorioso.

Por ello la devoción a la Virgen María está íntimamente relacionada con la naturaleza. Resulta llamativa la gran cantidad de advocaciones en las que aparece junto a un elemento de la creación. Ella misma se ha aparecido, por ejemplo, en una cueva en Lourdes (Francia) y en una encina en Fátima (Portugal). Y se han encontrado imágenes suyas escondidas dentro de un tronco (la Virgen de la Peña en Murcia), entre las ramas de un árbol (la Virgen de Altagracia en Badajoz), enterradas (la Virgen de la Ciguiñuela en Madrid), en una cueva (la Virgen de Montesclaros en Cantabria), en la cima de una montaña (la Virgen de la Peña de Francia en Salamanca), flotando en el mar (la Virgen del Mar en Cantabria), etc.

Generalmente, las romerías a la Virgen se celebran en bellos enclaves de la naturaleza. De hecho, la romería más importante de España, la de la Virgen del Rocío, se celebra en el parque natural español más emblemático: Doñana (Huelva). Su misma advocación nos habla de un elemento de la creación: el rocío.

Y sin lugar a dudas, los elementos de la naturaleza con los que más se relaciona la Virgen son los árboles. Al menos en el ámbito español, existen advocaciones de la Virgen para una gran cantidad de ellos: la Virgen del Pino (en la isla de Gran Canaria), la Virgen del Espino (en Ávila, Soria, Sevilla, Madrid y Granada), la Virgen del Roble (en la Rioja), la Virgen del Fresno (en Asturias), la Virgen de la Encina (en Salamanca, Toledo, León, Jaén, Álava, Cáceres y Madrid), la Virgen del Manzano (en Soria y Burgos), la Virgen del Peral (en Guadalajara), la Virgen de la Sabina (en Huesca), la Virgen del Sauco (en Palencia), la Virgen del Acebo (en Asturias), etc.

Y en los conventos y monasterios es costumbre que haya una bella imagen de la Virgen en un entrañable rincón del jardín, donde

los religiosos pueden acudir a rezar en un ambiente de intimidad. En medio del jardín, en ese pequeño paraíso, ella es la «nueva Eva», la Inmaculada, la que pisa la cabeza de la serpiente (cf. Gn 3,15) en vez de caer en la tentación.

En cierto modo, los árboles nos recuerdan a la Virgen María no sólo por su belleza, sino porque también ella hunde sus raíces en la tierra y abre sus ramas hacia el cielo. En efecto, María no vivió en el aire, sino muy al lado de las personas, muy metida en la realidad, con sus raíces bien asentadas en el mundo. El pasaje de las bodas de Caná (cf. Jn 2,1-12) nos lo muestra muy bien: ella, pendiente de lo que ocurre, se da cuenta de que falta vino en la celebración, y le pide a su Hijo que remedie el problema. Pero María está atenta sobre todo a lo que viene de lo Alto, tiene su corazón abierto a la voluntad divina: por ello aceptó ser la Madre de Dios (cf. Lc 1,26-38).

Ciertamente, contemplando la naturaleza, contemplamos las virtudes de la Virgen, virtudes que Dios le ha dado para que ella nos lleve hacia su Hijo, nuestro Salvador. Por ello, a don David le encanta rezar el Rosario paseando por La Corcera. Ahora que está muy mayor y no puede leer el breviario, lo sustituye rezando cada día todo el Rosario, los cuatro grupos de misterios: los gozosos al levantarse, los luminosos antes de comer, los dolorosos a media tarde y los gloriosos antes de acostarse.

María le acompaña muy de cerca en estos últimos años de su vida. Junto a ella camina por La Corcera por la senda que le conduce hacia el Cielo.

UN PASEO ETERNO

En cuanto recibió la llamada de doña Marta, la señora que está más al tanto de don David, el obispo don Antonio salió rápidamente de su residencia y se presentó en casa de don David. Al poco tiempo, telefoneados por el obispo, llegaron el párroco y el alcalde.

Resulta que doña Marta se apercibió de que don David no estaba en su casa a primeras horas de la mañana. El obispo constató que, efectivamente, la tarde anterior no había regresado de su paseo por La Corcera, por lo que la Guardia Civil organizó rápidamente batidas por el bosque. Pero, por desgracia, nadie sabía muy bien por dónde caminaba aquel viejo sacerdote.

Doña Marta decía que los últimos días le vio más torpe y lento de lo normal. Y sintió muchísimo no haberle insistido más en que no saliera al bosque. Don Antonio supo consolarla, pues la culpa no era suya.

Al cabo de varias semanas se dio por finalizada la búsqueda. Numerosos vecinos del pueblo y de las localidades aledañas habían mirado palmo a palmo sin encontrar nada. Por eso el obispo decidió celebrar finalmente el funeral en la catedral, que se llenó de gente, pues don David era muy querido por todos.

Como es lógico, en la comarca comenzaron a oírse rumores e historias de personas que habían visto a don David a lo lejos, paseando sosegadamente entre los árboles. Para muchos el alma de don David sigue presente en La Corcera. Pero el obispo siempre contesta a estas leyendas diciendo que don David está en el Cielo, con Dios, a quien amaba sobre todas las cosas y a quien entregó toda su vida.

CONCLUSIÓN

A lo largo de este pequeño libro hemos visto cómo los árboles han estado muy presentes en nuestra cultura a lo largo de la historia. Y asimismo intervienen en las Sagradas Escrituras. El mismo Jesús se sirvió de ellos para predicarnos el Reino de Dios.

Su trasfondo religioso es claro para los creyentes, sean o no cristianos, pues Dios se muestra por medio de ellos a todo aquel que los contempla desde su corazón.

A veces hay que recorrer grandes distancias para poder pasear por un bosque, pero generalmente los árboles abundan en las ciudades y los pueblos. No hace falta encontrarnos en un Parque Nacional para poder orar ayudándonos de ellos: basta contemplar el sencillo árbol plantado en la acera de la calle, en frente de nuestra ventana, o pasearnos por el parque de nuestro barrio, escuchando de fondo las risas y voces de los niños.

Los árboles siempre están recordándonos que tenemos un Dios creador y providente, que nos acoge con los brazos abiertos en lo más profundo de nuestro corazón. Y ellos, junto a nosotros,...

«...invocan a Dios por el deseo natural que hace que todos los seres, a su modo, deseen alcanzar la bondad divina» (santo Tomás de Aquino, *Suma Teológica*, II-II, 83, 10).

BIBLIOGRAFÍA

- AA.VV., *Los bosques ibéricos*, Planeta, Barcelona 2005⁴.
- ABELLA, Ignacio, *La magia de los árboles*, Integral, Barcelona 1996.
- , *La magia de las plantas. Plantas y árboles para recobrar el paraíso, construir jardines, restaurar paisajes...*, RBA / Integral, Barcelona 2003.
- , *La memoria del bosque. Crónicas de la vieja selva europea. Cultos y culturas, mitos, leyendas y tradiciones*, Integral, Barcelona 2007.
- , *El gran árbol de la humanidad. Leyendas tradicionales y arte primitivo sobre el árbol en la creación del mundo*, Integral, Barcelona 2012.
- BERTRAND, Bernard, *L'Herbier Boisé. Histoires et légendes des arbres et arbustes*, Plume de carotte, Toulouse 2007².
- CEBALLOS FERNÁNDEZ DE CÓRDOBA, Luis y RUIZ DE LA TORRE, Juan, *Árboles y arbustos de la España peninsular*, Fundación Conde del Valle de Salazar / Mundi-Prensa, Madrid 2001.
- ELIADE, Mircea., *Tratado de Historia de las Religiones. Morfología y dialéctica de lo sagrado*, Cristiandad, Madrid 1974.
- , *Historia de las creencias y las ideas religiosas*, vol. I, Cristiandad, Madrid 1978.
- FERRERAS, Casildo y AROZENA, María Eugenia, *Guía física de España. 2. Los bosques*, Alianza, Madrid 1987.
- FONT QUER, Pío, *Plantas medicinales. El Dioscórides renovado*, Península, Barcelona 1999.
- GUBERNATIS, Angelo de, *Mitología de las plantas (2 vols.)*, José J. de Olañeta, Palma de Mallorca 2002-2003.
- HERRERO UCEDA, Miguel, *El alma de los árboles*, Hedras, Madrid 2005.
- LÓPEZ GONZÁLEZ, Ginés, *La guía Incafo de los árboles y arbustos de la península ibérica*, Incafo, Madrid 1982.

- LORIENTE ESCALLADA, Enrique, *Árboles singulares de Cantabria. Guía para su conocimiento y conservación*, Instituto cultural de Cantabria. Diputación Provincial, Santander 1982.
- MUSGRAVE, Toby, *Jardines cerrados. Patios, terrazas y espacios exteriores*, Blume, Barcelona 2002.
- ORTE, Francisco (dir.), *Nuestros árboles*, serie de televisión de 26 documentales, Radio Televisión Española, Madrid 1986.
- PÉREZ DE LA CADENA, Francisco, *Historia de los estilos en jardinería*, Istmo, Madrid 1982.
- PERLIN, John, *Historia de los Bosques. El Significado de la Madera en el Desarrollo de la Civilización*, Gaia Proyecto 2050, Madrid 1999.
- POLUNIN, Oleg, *Árboles y arbustos de Europa*, Omega, Barcelona 1984².
- REY BUENO, Mar, *Historia de las hierbas mágicas y medicinales*, Nowtilus, Madrid 2008.
- RODRÍGUEZ VILLÉN, Antonio, *Senderos entre los árboles*, Almiar, Madrid 2002.
- SEGURA MUNGUÍA, Santiago y TORRES RIPA, Javier, *Los jardines de la Antigüedad*, Universidad de Deusto, Bilbao 2005.
- , *Historia de las plantas en el mundo antiguo*, Universidad de Deusto-CSIC, Bilbao-Madrid 2009.
- , *Las plantas en la Biblia*, Universidad de Deusto-CSIC, Bilbao-Madrid 2011.

Pocos seres vivos están más presentes en la vida del ser humano que los árboles. De ellos aprovechamos su madera y sus frutos. Pero, sobre todo, ellos nos aportan su belleza, su sombra, su cobijo y su compañía. Y Dios se hace presente en nuestra vida por medio de todo ello.

Este pequeño libro trata sobre cómo contemplar a Dios en las diversas especies de árboles, en los bosques y en los ejemplares singulares. Y lo hace de un modo novelado, por medio de la vida de un anciano cura de pueblo, que todos los días sale a pasear por un bello bosque comunal llamado La Corcera.

Fray Julián de Cos Pérez de Camino es dominico y está actualmente asignado al convento de San Esteban (Salamanca). Estudió Ingeniería Técnica Forestal antes de ingresar en la vida religiosa y es profesor de Teología Espiritual.